
I

GUARDIANAS DEL DESTINO

ENTRE LANAS
Y ESPADAS



ARABELLA NIGHTINGALE

Entre lanas y espadas

Arabella Nightingale

Título original:
Entre lanas y espadas

Autora:
Arabella Nightingale @anna.gils.escritora

Publicado por KDP

ISBN: 9798329942675

Sello: Independently published

© Arabella Nightingale, julio 2024

Corrección:
Eva Alcaide @eva.almez
EA -servicios editoriales- @ea.servicios.editoriales

Diseño de cubierta y maquetación:
EA -servicios editoriales- @ea.servicios.editoriales

Impreso por: Amazon

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito de la autora cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a miteconlibros@gmail.com para cualquier necesidad.
Todos los derechos reservados.

*A Tatjana y Marisa,
por ser amigas, confidentes y parte de la familia, casi.*

*A mis dos M^a Àngels,
habéis llegado hace poco a mi vida
pero me alegro de haberos conocido.*

*A Jess y Noe,
por ser mis medio hermanas gallegas.*

El nuevo guardaespaldas

Doy vueltas en busca de la bufanda que no aparece por ningún sitio, y me estoy cabreando. Sobre mi cama reina el caos de la ropa no guardada, las dos plantas que hay sobre el tocador se me están muriendo porque no me acuerdo de regarlas y encima tropiezo con la pata de la silla.

—¡Hilos del enredo! —bramo saltando a la pata coja intentando no perder el equilibrio.

Pero es imposible. Al pisar un zapato desaparejado caigo al suelo de manera dramática. Por suerte, el desorden amortigua el golpe y me quedo mirando bajo la cama donde, por casualidad, veo a Sombras jugando con la bufanda que estaba buscando.

Resoplo agotada al mismo tiempo que extendo el brazo para agarrar la prenda y tirar de ella con fuerza. Los ojos entornados de mi gato me advierten de que no será tarea fácil, y menos cuando unos golpes fuertes me avisen de que hay alguien en la puerta.

—¡Voy! —grito mientras me levanto del suelo—. Esto no se quedará así.

El felino ronronea satisfecho por la victoria temporal. Dando saltitos sorteo los obstáculos que me voy encontrando hasta llegar a la puerta justo en el momento en el que vuelven a aporrearla. Resoplo para apartar un mechón rebelde que me cae en medio de la cara, cojo el picaporte y tiro con fuerza.

—¡Cuánta impaciencia de buena mañana! —exclamo viendo unas botas blancas plantadas frente a mí.

Conforme voy subiendo la mirada, me encuentro a un guardia real fae que nunca antes había visto. Su larga melena reposa libre sobre sus hombros enmarcando una cara de cabreo importante.

—¿Por qué no has respondido al primer toque? —me espeta mirando por encima de mi cabeza al interior de casa—. Esto parece estar en orden.

—¿En orden de qué? —pregunto cruzándome de brazos y poniéndome de puntillas para intentar cubrirle la visión, que es imposible ya que solo le llego a la altura del pecho—. ¿Se puede saber quién thetisiano ^[1] eres?

Pero él, lejos de darme una respuesta coherente, señala el escudo sobre su pecho antes de ponerse rígido y llevarse un dedo a los labios indicándome que me calle. “¿Quién se ha...?”. Antes de que termine el pensamiento, me apoya una mano firme sobre el hombro y me aparta, dándole de esta manera espacio para que entre en casa.

—¡Sí, fae, sí! Como si estuvieras en tu... —empiezo a protestar. Él mueve la mano tras su espalda para que guarde silencio de nuevo y lleva la otra a la empuñadura de la espada para desenvainarla.

Su paso se torna más sigiloso cuando llega frente a la puerta de mi habitación. El arma en alto en defensa propia. “¿Qué se supone que está haciendo?”, me pregunto cuando me indica que ha escuchado un ruido ahí dentro y que me quede donde estoy.

Desde el preciso instante en que entregamos el ovillo mágico a Hilomar, se me asignó un

guardia real, ya que automáticamente pasábamos a tener una labor para con el reino de Aidagalla, que, dicho sea de paso, aún no he visto. Jousua, un fae de mediana edad, sonrisa afable y carácter dicharachero, se ha encargado hasta ayer por la noche de mi protección. Viviendo apostado en la puerta principal de mi casa, comprobando mis tejidos protectores y siguiéndome como una sombra a todas partes, pero también proporcionándome momentos de calma y serenidad cuando se lo requería.

Pero ¿esto? Sin lugar a dudas, jamás había entrado cual tormenta de agosto a mi hogar persiguiendo ve a saber qué espectro.

Pongo los brazos en jarras cuando el misterioso guardia da un paso hacia la luz que sale de mi habitación.

—¡Alto en nombre de las Cerrigs! —se aventura a pregonar con autoridad al entrar con la espada en alto.

En ese momento, caigo en la cuenta de quién está ahí y la mala leche que gasta cuando un desconocido irrumpe por sorpresa.

—¡Esperaaaaaaaa! —salgo gritando y corriendo hacia donde está.

Pero es demasiado tarde. Escucho el rugido, me imagino los colmillos y garras afilados que pocas veces he visto, pero que me han acojonado. Cuando llego al umbral, veo a Sombras saltando desde debajo de la cama hacia el fae para proteger lo que es suyo. Sí, este gato tiene algún que otro problemilla de toxicidad con velar por mi seguridad, pero es la mejor defensa que he tenido desde que recibí los poderes.

El guardia intenta zafarse de la fiereza gatuna con las manos. Libera la espada larga cuando se le clavan las uñas en el brazo, aúlla cuando las delgadas agujas que tiene por colmillos se le hincan en la piel desnuda del cuello.

—¡Sombras! —grito intentando pisar en los espacios libres que quedan por la habitación y acercarme—. Corazón, mamá está a salvo.

Cuantas más palabras cariñosas suelto para apaciguar a la fiera, más rabiosa se pone. Escucho sus bufidos mientras le araña la cara al fae por el cual estoy empezando a sentir un poco de pena. Pero se lo ha buscado. No se entra de esta manera en el hogar de una dewin de los pies a la cabeza, y menos si tiene a su fiel minino de guardián.

Me coloco frente a la escena, buscando la nuca de mi felino y, en cuanto la encuentro, la agarro con firmeza. Sombras se desactiva al instante y el hombre queda liberado. Se lleva las manos a una cara llena de arañazos y pequeñas heridas. Al verle frunzo el ceño y tuerzo los labios en una mueca entre “¡joder, qué marrón!” y un “te lo tienes merecido por no haber preguntado antes de entrar”. Aunque debo confesar que la situación es tan cómica que creo que, si no hago algo, empezaré a reírme por tal y como ha empezado la mañana. Lo que sí es una certeza es que a este fae se le han quitado las ganas de entrar en mi casa sin preguntar con anterioridad.

Antes de que se me escape una risa nerviosa, giro a Sombras para quedarnos rostro con rostro. Sus ojos morados centellean y escucho un ronroneo quejoso. Le desafío con la mirada, él me señala al hombre como diciendo que es culpa suya y yo niego con sequedad. Durante unos instantes estamos retándonos con la mirada.

—¿Pienzzzaz ayudarme o tengo que dezzzangrarme? —gruñe el guardia quitándose las manos de la cara para ver algunas gotas de sangre en ellas—. ¡Por lazzz Zzzzerriig!

Termino de hablar con gestos hasta que suelta un bufido de resignación y suelto a Sombras sobre la cama.

—¿Nunca te han dicho que no se entra así en casa de una dewin que tiene gato? —me esfuerzo para que suene entre gracioso y una advertencia, pero al ver cómo enarca una ceja, su rostro se contrae en una mueca de dolor haciendo que palidezca antes de volver a cubrirse el rostro con las manos—. ¡Oh! ¿No lo dirás en serio?

“¿Va a desmayarse por cuatro arañazos? ¡Faes!”. Recorro la corta distancia que nos separa.

—¿Ezzzz uuun gaaazzztooo...? —balbucea en un quejido doloroso e ininteligible casi.

—¡Oh, por las diosas! —maldigo al ver cómo la piel de sus manos se abulta y con ellas el trozo de su rostro—. Sígueme.

Los arañazos le han dado una importante reacción alérgica y debo ser rápida si no quiero cargarme a un guardia real. Cogéndole por el brazo lo arrastro fuera de la habitación hasta el cuarto de baño, le siento en el taburete del tocador que apenas uso y salgo escopeteada hacia la biblioteca. Cojo la cestita de mimbre y empiezo a recolectar todo lo que necesito: agarro un par de cristales que se encuentran sobre el altar dewin, flores secas y un caldero; del armarito de arriba saco un par de tejidos sanadores, tijeras y unas agujas laneras.

Salgo de la biblioteca y voy hacia el salón, donde veo a Sombra paseándose con calma.

—Tú y yo hablaremos más tarde —le advierto mientras agarro un par de hilos dorados de la cesta de ovillos que tengo junto al sofá.

El gato ronronea de nuevo y se aposenta en su cojín frente a la ventana. Es imposible, pero le adoro, así que sabe de sobra que la advertencia se va a quedar en el olvido de mi mente.

Termino de poner todo lo que necesito en la cesta y me meto de nuevo en el baño. El joven fae está desfigurado por las ampollas y rojeces que le cubren toda la piel visible.

—Ya estoy aquí —le murmuro poniéndome entre la pica y él—. Necesito que te descubras, por favor.

Niega con la cabeza. Un remordimiento de culpa me invade. Soy consciente que no quiero que se muera frente a mí, así que me froto las manos para hacerlas entrar en calor mientras rezo una plegaria silenciosa a las Cerrig. En cuando siento que la energía dewin me hormiguea en la punta de las manos, le cojo por las muñecas con sumo cuidado para retirárselas de la frente. Una sensación extraña me recorre entera. Los haces de magia impactan con fuerza ante nuestra conexión. Puedo sentir cómo el latir de su corazón es apesadumbrado, lento y débil. “¡Mierda!”, maldigo.

—Deberás confiar en mí —murmuro en un sutil soplido que le refresca el rostro.

Abre los ojos un instante. Miedo. Eso es lo que veo en él. Un miedo atroz por la situación antes de soltar una exhalación casi inexistente, por lo que no me demoro más. Le suelto las manos y empiezo a trabajar en sanarle.

Le coloco los cristales a cada lado del hombro. La tensión de sus brazos se quiebra en un quejido sordo. Luego me centro en coger las hierbas y colocarlas en el calderito junto con un poco de agua del grifo. Las machaco hasta crear una especie de ungüento que hacía mi abuela siempre que me raspaba contra alguna planta urticante. Una vez lo tengo, le embadurno la cara con él tratando de no reventar ni una pústula pero cubriendo todas y cada una de las cicatrices que le ha dejado Sombras.

Con sumo cuidado lo miro y veo cómo no solo tiene hilos de sangre en la cara, sino en el cuello y los brazos. Procedo a untarle por cada apertura gatuna de su cuerpo. Conforme la pasta va entrando en contacto con él, veo cómo el resto se va relajando, cómo la piel enrojecida se va nimbando. Al terminar, me lavo las manos y voy a por el siguiente paso. Los tejidos reparadores.

Tapo las capas de pasta con ellos dejando que la hebra más larga quede en la zona inferior

derecha, cojo el ovillo dorado y las agujas y empiezo a tejerlo todo junto.

—*Cerrig mam!* —doy comienzo a la plegaria sanadora tal y como me enseñó mi abuela—. *Galwaf arnat yn enw bywyd. Boed i'm celfyddydau hudol, fy ngwaith a'm haddoliad ohonoch fod y cryfder a'r egni sy'n achub y fae hwn. Rwy'n derbyn eich daioni, rwyf wrth fy modd â'ch pŵer ac rwy'n sianelu'ch doethineb i'r ffabrig hwn. Boed i nerth a llawenydd roi gorffwys tra tragwyddol i chi. Dewin byw hir.*

El tejido termina justo a la altura de su corazón, la fuente de vida más pura. Pongo mi mano sobre el final y canalizo todo su dolor y sus miedos para mandarlos directamente a Cerrimor^[2] y orarle que lo destierre de su cuerpo.

Llegando tarde

Le sirvo las últimas gotas de té a Valerian. El nuevo guardia real que me han asignado descansa en el sofá de mi casa mientras me cuenta que Jousua ha sido llamado a la Tierras del Norte y le han asignado a él mi protección hasta nuevo aviso.

—Siento mucho lo que... —me disculpo por enésima vez.

—Tranquila —sonríe abochornado mientras apura la bebida—. Debí preguntar antes, pero mi visión fae a veces no interpreta bien. Vi el caos y me puse en lo peor.

—¿La guerra del norte se ha complicado? —me preocupo poniéndome de pie para retirar la tetera y cambiar de tema.

—Digamos que hay demasiado movimiento por todas partes.

—Eso no me tranquiliza —respondo alegre para quitarle hierro al asunto.

—Nada de lo que debas preocuparte —concluye siguiéndome con la taza en las manos—. ¿Cuál es tu rutina?

Repaso en silencio mi gran rutina de despertar, desayunar, abrir la tienda de lanas, comer, talleres y cena en casa. Vamos, una vida de lo más común. Antes de que pueda responder, se me viene a la mente que hoy había quedado con Tania para tomar el té.

—¡Ay, Cerrigs! —maldigo mientras dejo todo lo que hemos usado en el fregadero.

—¿Algún problema? —frunce el ceño Valerian.

—Se me había olvidado algo importante. —Me mira con cara de no entender nada—. Había quedado para tomar algo.

Meneo la cabeza al mismo tiempo que me fijo en su mandíbula, que se tensa al escuchar mis palabras.

—Entiendo —carraspea—. ¿Puedo hacer algo al respecto?

—Sombras lo hará.

Un pequeño espasmo hace que se coloque más recto si es que es posible. ¿Un guardia con miedo a los gatos? Esa sí que es buena.

Las campanas del ayuntamiento indican que son las cinco y que debería estar abriendo la tienda. Hoy llego tarde a todo. Así que le cuento por encima lo que acostumbro a hacer y que mañana me voy de fin de semana a las tierras dracaiter para ver a unas amigas. Al mismo tiempo, escribo una breve nota a Tania para disculparme y contarle por encima lo que ha sucedido para luego entregarla a Sombras y mandarlo a hacer el recado. Valerian toma nota mental de todo lo que voy contándole mientras me persigue por la casa. Recojo un poco el desorden, voy en busca de la cesta con la última labor que he empezado y nos disponemos a salir de casa.

Mientras cierro la puerta, ya escucho el murmullo de alguna de las Tejedoras que esperan a que llegue. Pero antes de bajar la escalera de caracol, me doy la vuelta y me doy cuenta de lo

pequeño que es mi porche al ver al fae demasiado cerca.

—Ehmm —carraspeo para serenarme—. Jousua siempre se quedaba en el banco de la entrada, así que no...

—Mi deber es proteger y servirla —sentencia el fae—. Fuera no hago nada. Está decidido.

Con la mano y el rostro serio me indica que empiece a bajar las escaleras. No, si está visto que este hombre se toma su labor muy en serio.

—Es mejor que bajes antes por si tropiezo. Así te dará tiempo de frenarme y que no me descalabre —me mofo imitando su gesto.

Sube y baja el pecho en una respiración frustrada y le devuelvo una sonrisa encantadora para fastidiarle. Este hombre me desespera, pero será divertido picarle constantemente. Me fijo en que abre las aletas de la nariz con exageración como respuesta y empieza a descender. Elaena 1 - Valerian 0.

Con la mano libre, recojo el bajo de la falda y le sigo. Conforme vamos llegando se escucha el murmullo de las Tejedoras.

—¡Chicas, calmaos que traigo novedades! —grito al poner un pie en el último escalón.

El guardia se detiene al final haciéndose a un lado. En un gesto galante me indica que pase primero y le muestre el camino. Le sonrío con malicia, sabiendo la que le espera en cuanto mis chicas lo vean por primera vez. Salimos del pequeño jardincillo, que cuido cuando me acuerdo, y me topo con la espalda de Caroline.

—Permiso —le pido pasándole la mano por la espalda para advertirla de que estoy aquí y que me deje pasar.

—¿Quién es la tardona esta vez? —me regaña Xandra con una amplia sonrisa.

—Que conste que ha sido la primera —saltan las hermanas, Mont y Vevis, al unísono.

—Eso, eso. Y encima no estabas aquí para... —se queda muda.

Sus ojos se abren de par en par fijados tras de mí. Valerian. Doy un vistazo rápido. Todas se han quedado boquiabiertas con él. Bufo una risa. Sí, está de escándalo, pero es más tonto que un tejido deshecho. Por muy fae que sea, lo que ha sucedido antes en mi casa demuestra que de cerebro gasta poco.

Mientras las Tejedoras devoran con la mirada a mi nuevo guardia, me escabullo para dar la bienvenida a las dos chicas nuevas y abrir la tienda.

—¡Alto! —grita Valerian abriéndose paso entre mis chicas—. Si me permitís. Máxima seguridad.

La rudeza que ha empleado en esas dos últimas palabras me eriza la piel. No sé qué tiene este hombre que me puede dar pereza, excitación, desesperación y risa en menos de lo que hago un punto de canalé. Por supuesto, las Tejedoras se apartan y yo casi me exaspero por el exceso de “seguridad” de este hombre.

—¿También vas a montar el numerito aquí? —le provoco en tono chulesco.

Él entrecierra los ojos, desafiante, al mismo tiempo que dejo caer todo mi peso sobre una de mis piernas, pongo un brazo en jarras y aguanto la puerta con la mano hasta dejarla apoyada contra mi espalda para que sea él quien decida si quedar en ridículo o dejarme en paz.

Las Tejedoras sueltan algún silbido retador y alguna que otra risita socarrona a la espera de lo que haga. “Este hombre no me conoce, y mucho menos a mis chicas”, pienso mientras me muerdo el labio inferior esperando a que tome una decisión.

Las aletas de su nariz vuelven a dilatarse al mismo tiempo que se acerca a mí con paso decidido. Mi pecho sube y baja como respuesta a la proximidad. “¡Por las Cerrig! Este hombre

no tiene remedio”. Hasta que me atrapa contra la puerta abierta, acerca su rostro a mi oreja y murmura:

—Ni Thethis me deja en evidencia —me advierte—. Y sí, esto sí es una amenaza.

Antes de que pueda decir nada, me deja con las rodillas temblando, la respiración agitada, un calor palpitante en mi entrepierna y unas ganas enormes de partírsela la cara. Mientras, él se echa a un lado, dando un vistazo rápido al interior de la tienda, y dibuja su sonrisa más encantadora.

—Adelante, señoras —suelta el muy canalla haciendo que las demás ni se hayan percatado del rifirrafe.

Niego con la cabeza al mismo tiempo que pongo los ojos en blanco y entro en la tienda. Las demás pasan una a una dándole las gracias, la bienvenida y algún que otro piropo. ¡Por las Cerrig! Cómo se nota que vivimos en una aldea y siempre falta carne fresca.

Las Tejedoras se instalan alrededor de la mesa, cada una en su sitio. Las dos mujeres nuevas aguardan al lado del mostrador a que deje mi cesta y me ponga el cinturón de trabajo.

—¡Hoy empezamos una nueva labor! —grito a las chicas que ya empiezan a sacar las agujas y los ovillos que vinieron a comprar durante la semana—. Además, tenemos a dos compañeras nuevas. Os presento, ellas son Mariân y Mariángelis.

Todas se ponen como locas a aplaudir y darles una cálida bienvenida. Yo no puedo quitar el ojo al enorme fae que se ha quedado montando guardia justo al lado de la puerta con cara de pocos amigos.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Nataly sentándose en su silla.

Me entran ganas de soltar: “mandar a Valerian a retejer el jersey de doña Úrtula y que se espabile”, pero me callo por no liarla más.

—Yo todavía tengo que terminar la bufanda —protesta Susy sacando su labor y poniéndose a tejer las últimas vueltas.

—Con calma —me acerco hacia ella para tranquilizarla—. Explico lo nuevo y luego lo acabas. Por el momento empezad a hacer una muestra de diez o veinte puntos por unas cinco o seis vueltas.

Entusiasmadas empiezan a tejer lo que les pido mientras aguardan a que coja el poncho que rematé el lunes y se lo muestre.

—Yo he sido aplicada —se enorgullece Mariân— y ya lo hice esta noche.

—Eso es hacer trampa —responde Susanita.

El resto del grupo asiente dándose cuenta de que ha sido la más lista. De reojo veo cómo Valerian se pone a investigar tras el mostrador para luego entrar en la trastienda.

—Como vea algo desordenado cuando pase luego, cobras —le advierto mientras sacudo el poncho para que se extienda, sin prestarle atención alguna.

—Aquí hay salseo —cuchichea Xandra a Carol y Mont.

Las fulmino con la mirada, pero la primera sonríe y asiente. Lo que les puede un cotilleo. Cómo se nota que todas ellas ya están casadas y la única soltera es una servidora.

—Vamos a ignorarle, ¿de acuerdo? —puntualizo mientras extiendo la prensa sobre la mesa y les indico—. Vamos a hacer el chal de los deseos otoñales para la próxima temporada.

—Pero si ya es casi verano —protesta Vevis.

—Así me dará tiempo de terminarlo, creo —se alegra Susy.

Asiento con la mirada. Ya lo tenía pensado. Susy es una mujer muy atenta, pero cuando se lía a hablar deja las agujas quietas, y los viernes por la tarde de tejer tejemos pero de darle a la

sinhueso... Más aún.

—Entonces tenemos que empezar...

Cientas y una visita extraña

La campanilla de la puerta suena cuando se marcha el señor alcalde con las lanas de su mujer. El mismo instante en que aprovecha Marisilla, mi vecina, para entrar.

—Te necesito —exclama apresurada—. ¿No te quedarán ovillos de los que me llevé el otro día?

Con una sonrisa cansada asiento y voy a por ellas de inmediato.

—¿Ya has terminado la labor? —me intereso cogiendo un par.

—Me quedan las mangas y el cuello.

—Con uno tienes suficiente.

—No, no —me interrumpe antes de que deje el que creo que le va a sobrar—. Mejor no hacer corto.

Marisilla es de esas personas que prefiere que le sobre que no que le falte. Es una mujer precavida pero muy curiosa, constantemente me la encuentro haciendo mil cosas: cuando no teje, pinta, hace voluntariado o se va de viaje a descubrir mil lugares. Libre de cargas familiares y con un espíritu de comerse el mundo, que, aunque ella no siempre sabe verlo, sé de sobras que lo tiene.

—¿Algo más? —pregunto.

—Otro ganchillo —reconoce rebuscando en su monedero—. Lo he vuelto a doblar por la mitad.

Suelto una leve carcajada. Típico en ella.

Sin demorarme, termino de preparar el encargo antes de hacer el intercambio.

—Me voy a ver si consigo terminarlo.

—Seguro que sí —la animo.

—Hasta luego.

La campanilla vuelve a sonar cuando cierra la puerta tras salir.

—Bufff, vaya tarde —murmuro poniendo los ovillos que no se ha llevado de nuevo en la trastienda.

Durante toda la clase, las Tejedoras se han enfrascado en empezar el cuello del poncho y comerse de una sentada los bollitos que ha traído Marykey de la nueva tienda del puerto de Hilomar. Se ve que son unos pastelitos que provocan diferentes estados: risa, hipo, sueño... Si mezclamos eso con que en los últimos treinta minutos ha pasado media aldea a por sus prendas terminadas o por nuevos hilos... Estoy muerta.

—¿Cada día es así? —pregunta Valerian, que lleva un buen rato sentado en una silla cerca del arco que separa la tienda de la zona de talleres.

—Ojalá. —Sacudo las manos contra el delantal para quitarme el polvillo de hilo de las manos—. ¿Me ayudas?

—Claro.

En menos de dos horas, mi nuevo guardia ha rebajado el tono de soberbia y las ganas de chanza cuando ha visto que, tras cada palabra que decía, mis chicas hacían todo un festín tanto de elogios como de abucheos. ¿Son intensas? Sí, pero las amo con locura.

—Las bolas de ovillos sueltas déjalas en ese cesto —le indico con el dedo—, yo me encargo...

Antes de que termine la frase, la campana de la puerta me indica que alguien acaba de entrar.

—¿No habías puesto el cartel de cerrado? —se exaspera al ver como doña Úrtula entra.

Pongo los ojos en blanco y niego con la cabeza abatida.

—¡Ya voy! —grito dejando lo que tengo en las manos sobre la mesa de nuevo.

Al pasar el arco que separa los dos espacios, me doy cuenta de que la mujer no ha entrado sola. Mirando las estanterías que hay bajo la ventana situada justo al lado de la puerta hay una persona encapuchada.

Valerian sale tras de mí. Noto su cercanía cálida y tensa al mismo tiempo.

—¿Ya tiiieeeee eeeeel jeerseeeeeey? —tartamudea la anciana con su voz chillona.

Con suma lentitud, deja el bastón que siempre la acompaña apoyado en el mostrador.

—Claro —me apresuro a decir intercambiando unas miradas con mi guardia para que vigile a la otra persona.

Me meto en la trastienda en busca del cesto con la labor de doña Úrtula cuando escucho la voz grave de Valerian.

—¿Puedo ayudarle?

Las alarmas de todo mi cuerpo se ponen a la defensiva. Noto como el *wyrd* me recorre la yema de los dedos. Por si las moscas, a parte de coger lo que venía a buscar, también agarro una aguja de media del uno y medio a modo de defensa. Como si tener un fae real no fuese suficiente.

—Estoy mirando, gracias —responde una voz de mujer que no logro reconocer.

—Le pediría que se diese prisa —le apremia Valerian—. Estamos a punto de cerrar.

—¿Yyyyy meeee vaaan a deeejaar siiiiin miii jeerseeeeeey? —se asusta la anciana al escuchar la conversación.

Como puedo, aseguro la aguja larga y afilada en las tiras traseras del delantal antes de salir con el encargo.

—No se apure, vecina —pongo la voz más dulce y amistosa que consigo—. Aquí lo tiene.

Dejo el cesto sobre el mostrador y antes de que pueda sacar la prenda, ella la doma entre sus delgadas manos y la abre para ver el resultado. De reojo, me fijo en que la misteriosa encapuchada ha cambiado la zona de la ventana por los estantes del otro lado.

—Niiiiñaaaaa —reclama mi atención la anciana—, aaaaquííí haaaaay uuuuunaaa enganchaaaadaaaa.

Devuelvo mi concentración a la mujer e intento arreglar el pequeño desajuste de la tela, pero sigo sin quitar la vista que salta de Valerian a la misteriosa mujer instintivamente.

Siento cómo las explicaciones que le doy a doña Úrtula se eternizan, cómo el paseo que se da la encapuchada me absorbe la energía, cómo Valerian se vuelve a poner en alerta. Cuando la puerta de la tienda se vuelve a abrir, siento que pierdo los papeles. La noche ya ha empezado a caer fuera y un olor a sotobosque y humedad me nubla los sentidos.

Un hombre mayor que yo vestido con unos harapos se acerca a la misteriosa persona que sigue revoloteando por la tienda. A él tampoco lo conozco.

El fae me mira para verificar si sé quiénes son, y mientras le cobro a la señora Úrtula, niego con la cabeza. Una sensación extraña se ha apoderado de mí y por lo visto de Valerian, también. El guardia se acerca a los forasteros y les susurra algo que hace que se miren entre ellos, luego desvían su atención hacia mí —que les sonrío por pura cortesía— y asienten.

—¿Cuáááááto eees? —pregunta la anciana sacando el monedero.

—Ocho arians con setenta y cinco —respondo volviendo a doblar el jersey para meterlo en el cesto.

—Quéééé caaaaaroooo —protesta rebuscando entre las monedas—. Eeeesto de doooondeee yo vengooo nooo paaaasaa.

Mientras espero a que la anciana deje de murmurar sandeces y me pague, las dos personas misteriosas salen de la tienda acompañadas por Valerian, que se asegura de poner el cartel de cerrado en cuanto regresa la calma a la tienda.

La respiración se me acompasa de nuevo y me pregunto cuánto tiempo he estado aguantándola sin apenas darme cuenta. A través de los cristales, me fijo en que las dos figuras cruzan la calle. “Algo me huele mal”, pienso mientras doña Úrtula me entrega el dinero, que meto en la caja sin comprobar.

—Veeeeendré laaaa seeeemaaaaaana que viiiiiieeeeene —me advierte tomando de nuevo el bastón y emprendiendo el camino hacia la calle.

Por fin la jornada ha terminado. Las fuerzas me han abandonado, pero el rostro del fae sigue fruncido intentando ver por dónde se han ido esos dos forasteros a través de la ventana.

Sin cena esta noche

Antes de subir a casa, voy en busca de la correspondencia en mi buzón. Como cada viernes, el día que el cartero don Primulo pasa con el correo, me encuentro con varias cartas y panfletos de propaganda de la nueva cafetería.

—¿Mucha cosa? —pregunta Valerian recostado en la verja que separa la tienda de las escaleras de mi casa.

—Nada que sea de tu interés —le saco la lengua burlándome de él.

—¿Sabes que estoy en todo mi derecho de hacer una inspección exhaustiva de toda tu... vida? —puedo ver la diversión reflejada en el halo dorado de sus ojos y en cómo sus alas blancas se relajan.

Ruedo los ojos mientras cierro la puertecita del buzón y cruzo el pequeño jardín.

—Eso se llama abuso de poder.

—O seguridad. —Pone las manos en alto exculpándose—. ¿No será acaso que tienes algo que ocultar?

—¿Yo? —Me río con fuerza—. Tengo una tienda de lanas, como mucho escondo pelusas.

Paso por su lado cuando me observa con picardía.

—¿No tendrás a nadie de quien deba preocuparme?

—De Sombras, como sigas por esos derroteros —me mofo empezando a subir las escaleras—. ¡Anda! ¿Vienes o te dejo aquí?

En cuanto pongo la llave en el cerrojo, me doy cuenta de que no tengo nada para cenar en casa. Los viernes, con Jousua, siempre terminábamos yendo a la taberna que hay cerca de la rivera del río. Era nuestro pequeño homenaje por terminar la semana.

Pero hoy, entre las Tejedoras que estaban más revoltosas de lo habitual, los clientes y los forasteros extraños, apenas tengo ánimo para salir.

—Tenemos un problema —respiro las palabras cansada.

—¿Hay alguien dentro? —Se lleva la mano a la empuñadura de la espada.

—Nada de eso —le tranquilizo dejando la llave en el platito que hay sobre el mueble del recibidor—. No tenemos cena.

Los músculos de su cara se relajan al instante y puedo fijarme en cómo suelta el aire del pecho poco a poco.

—Si me dejas que revise el piso, puedo ir a buscar algo —su tono parece mucho más amable que la última vez que pisó este lugar.

—¿Estás seguro? —Le provoco con malicia—. ¿No crees que alguien pueda asaltarme en tu ausencia?

—Temía más que te clavaras la aguja que llevabas colgada del cinto del delantal hace unos instantes que si alguien intenta hacerte daño.

Siento como si el mundo dejase de rodar. “¿Cómo se ha dado cuenta?”. Un calor abrumador me caldea las mejillas y bajo la cabeza en un acto reflejo. Al escuchar a Sombras ronronear cuando viene a saludarme, la subo toda digna de nuevo.

—Para que lo sepas —le chuleo meneando un dedo frente a su rostro—, las agujas de tejer no tienen nada que envidiar a esa espada que llevas pegada a tu cadera.

—Claaaro. —Sus pupilas centellean cargadas de un algo que todavía no logro descifrar—. Lo dirás por la cantidad de víctimas que se han cobrado, ¿verdad?

Ahí debía darle la razón. Nunca he tenido que matar a nadie, y mucho menos con unas agujas de tejer. Pero si de algo estoy completamente segura es de que de pinchar pinchan, y si le sumamos la adrenalina del momento... Quizás no maten, pero se llevan un buen agujero.

—Eso me temía —responde a mi mutismo—. Anda, coge al bicho y déjame hacer mi trabajo.

De un salto, Sombras se acomoda en mis brazos antes de soltar un bufido a Valerian cuando pasa por nuestro lado.

La noche cerrada ya ha caído cuando dejo el último plato a escurrir en el trapo junto a los demás. Me seco las manos en la falda y dejo escapar un bostezo que casi retumba por toda la casa.

—Elaena, tendrás que... —la voz de Valerian se corta cuando oigo que entra en la cocina y me pillla moviendo los brazos en pleno desperezo.

Estoy de espaldas a él, mirando por la ventana que da al patio trasero, mientras desentumezco la espalda. A través del reflejo del cristal, veo cómo se apoya en el lateral de la puerta y me observa con descaro y algo de fascinación.

Por unos instantes no quiero romper la magia de este momento y procedo a hacer lo mismo. Ver su reflejo y suponer una vida que ni siquiera sé si ha tenido.

Durante la cena hemos estado hablando de lo acontecido esta tarde, cuál será su labor estando en este cargo y cómo Jousua cumplía con su cometido. Pasando desde momentos relajados a nuestros rifirrafes.

Pero ahora, con el olor a jabón flotando en el ambiente, las tenues luces de las velas generando una atmósfera perfecta y el reflejo de su mirada en el cristal, me doy cuenta de algo muy sencillo. Este fae no está acostumbrado a la vida cotidiana, a la paz de un hogar o a la maravilla de las cosas pequeñas. En mi mente pasan escenas de campos de entreno, polvorientas habitaciones llenas de camastros y otros guardias sudorosos después de un día de entrenamiento.

Sin girarme, y con la mirada clavada en él, empiezo a trenzar mi larga melena. Las hebras de mis rizos se entrelazan entre mis dedos bajo la supervisión de mi nuevo guardia. Me entretengo con el peinado para observar como él traga de manera forzada cuando me sujeto el final del recogido con una cinta que siempre llevo atada a la muñeca.

Una leve sonrisa se me escapa cuando veo cómo Valerian cambia el peso del pie y se percata de que no era el único que se había quedado embobado mirando lo que no debía. Carraspea cuando me doy la vuelta y procede a pasarse la mano por la cabellera, que se ha soltado antes de la cena.

—Ehmmm —duda unos instantes—. Es hora de... Bueno, yo no sé...

Verlo tartamudear me hace reír. “Sí que le ha dado fuerte”, pienso dándome cuenta de que una sensación extraña invade cada poro de mi ser.

—Claro. —Soplo la llama de las velas antes de salir de cocina—. Te enseño tu habitación.

Y así, con una sensación dulce en el paladar, termino de apagar todas las velas y nos metemos cada uno en su habitación, no sin antes coger las cartas de Evinha y una de Jeshy.

Bostezo solo al cruzar el umbral mientras voy abriendo la primera. Con una sonrisa en los labios leo cómo el curso dracathier está llegando a su fin y con ello Noelís está aprendiendo a hacer sus primeros vuelos con su dragona. Por otro lado, Jeshy me informa sobre los últimos acontecimientos en las Tierras del Norte.

Sentándome en la cama, cojo papel y pluma para redactarles unas líneas sobre lo acontecido la última semana. Me explayo cuando empiezo a hablar de Valerian y su primer día, prometiendo que las mantendré informadas de todo lo que suceda.

Noticias reales

Han pasado unos días desde que Valerian se instaló en mi casa y empezó la pesadilla. Con este fae no se puede tener la guardia baja o te toma el pelo a la mínima de cambio, y esto empieza a fastidiarme un poco. Sigo sin entender por qué después de lo del ovillo tengo que tener un guardia pegado a la espalda hasta para ir a la frutería. Pero aquí seguimos, un viernes más al abrir la tienda con todas las Tejedoras desperdigando sus labores por encima de la mesa.

—Yo ya he llegado hasta los agujeros —canturrea Vevis.

—Tú vas muy rápida —le responde Mariân mientras presume de sus avances.

Las dejo instalarse con tranquilidad mientras me pongo el delantal con el nuevo carcaj para mi aguja-espada que me regaló mi guardia a principios de semana. Durante estos días, él se encarga de ir a por el correo o algún que otro quehacer oficial mientras yo abro la tienda los días que tengo a las Tejedoras por aquí.

La campanita de la puerta suena cuando entra Tania con una cesta cubierta por un trapo de cuadros.

—Tengo chisme —anuncia toda emocionada.

—Buenas tardes a ti también —la reprendo con una sonrisa en los labios y un abrazo.

—Sí, sí, eso, pero no sabes lo último. —Sus ojos parecen salirse de las órbitas.

—¡Venga, cuenta! —grita Mont desde su sitio, esperando la noticia.

—Acaba de llegar una flota real a Hilomar —asiente entusiasmada.

—Igual que hacen cada mes desde que tejimos el ovillo ese raro —repongo demostrando que no es una novedad.

—No, pero esta vez...

Su voz queda cortada en cuanto la puerta de la tienda se vuelve a abrir de par en par revelando a un Valerian más tenso de lo habitual.

—La casa real nos reclama en Aidara —sentencia casi sin aliento.

—¡Os dije que era algo importante! —grita Tania eufórica.

—Me parece muy bien —respondo limpiándome las manos contra el delantal—, pero aquí tengo a ocho mujeres que están intentando aprender a tejer un poncho y que...

—Son sus majestades —se entusiasma Marykey.

—Tienes que ir ya —sentencian Xandra y Caroline a la vez.

—No voy a ir ahora —afirmo acercándome hasta la mesa donde están mis chicas.

Valerian me alcanza más rápido de lo que me imaginaba, me agarra por el brazo y me da la vuelta para acorralarme entre su cuerpo y la mesa. La cercanía de su rostro, su aliento rozando mis labios y su mirada penetrante hacen que me tiemblen las piernas.

—Si palacio nos reclama, debes entender que ellos tienen prioridad absoluta. ¿Lo has comprendido? —la dureza de sus palabras me sacude cual hoja en medio de una tormenta.

Con los nervios quemándome en la punta de la lengua dispuestos a decir cualquier burrada, dejo caer las pestañas y ladeo una sonrisa. Si el puede mandarme de esta manera y dejarme en

evidencia delante de mis Tejedoras, yo puedo hacerlo mejor.

—¿Tú vas a pagarme por perder una tarde con mis Tejedoras?

—No, pero —baja la voz hasta convertirse en un susurro— no quiero sacarte a rastras de aquí dentro, así que te pido que contribuyas. —Hace una pausa dramática lo suficientemente larga como para que me cueste tragar saliva por la tensión—. No me lo pongas más difícil.

“¡Mierda!”.

Entre su mirada inquisidora y las risas provocadoras de las mujeres que escucho, apenas me da para pensar. En el fondo sé que tiene razón. Con el compromiso de lo del ovillo, me veo obligada a aceptar cualquier llamada de palacio. Pero me joroba tener que dar el brazo a torcer.

—Eres un prepotente —protesto cual cría.

—Podría arrestarte por insultar a un teniente de la guardia real, ¿lo sabes? —la picardía en su tono de voz me da a entender que este juego ha llegado a nuestro punto de inflexión.

Resoplo como respuesta mientras intento zafarme de estar acorralada en tan poco espacio.

—Y yo podría patearte el culo por entrar en la propiedad de una dewin, acorralarla contra la mesa y dejar testimonios. ¿Eso es abuso de poder, chicas?

—Técnicamente, sí —grita Xandra riéndose.

Ella es la enterada en leyes del equipo y no sabes lo bien que me acaba de ir ahora, porque el fae da un golpe con la mano contra la madera, que tiritita por el acto, y se retira a regañadientes.

—¿También vas a usar tu aguja lanera para defenderte? —se burla de mi arma.

Achino los ojos para escudriñarlo al mismo tiempo que empiezo a echar en falta la cercanía de todo su cuerpo acorralando el mío. ¿Irónico? Muchísimo, pero debo confesar que tenerlo cerca, tan cerca, provoca algo en mí que me deja con el corazón latiendo con fuerza, la respiración acelerada y unas ganas irrefrenables de... ve a saber qué.

—Ahora, si no te importa —le rodeo mirándole por encima del hombro y poniendo el mostrador entre los dos para serenarme—, empecemos de nuevo. —Me sacudo la parte de atrás de la falda con las manos y le tiendo una de ellas indicándole que se acerque con cautela—. Buenas tardes, Valerian. ¿En qué puedo ayudarle?

—Con dos destinos, tía —murmura Tania provocando la risa de las demás y cabreando al fae.

Cuando le trato así, poniendo distancia entre los dos, el iris de sus ojos centellea y se le forma una sonrisa ladeada casi inexistente que provoca que por todo mi cuerpo el wyrd se agite en un cosquilleo extraño. Ahora que he puesto un poco de distancia, que tengo a todas las Tejedoras mirándonos y que puedo observarle de arriba a abajo con descaro, solo me viene una única cosa en la mente: “Joder, cómo está la nueva guardia real.”

Las maletas de Sombras

Después de dejar la tienda a cargo de Nataly y disculparme por la situación, salgo del local acompañada por Valerian y subimos a casa para hacer una pequeña bolsa con lo básico e imprescindible para este viaje improvisado.

Sentado en la ventana de la pequeña biblioteca, me observa Sombras lamiéndose la patita. Agradecida por ver que mi compañero de vida me saluda con una leve reverencia con la cabeza, sonrío de felicidad y entro en casa.

En cuanto pongo un pie en el interior, Sombras me recibe con su ronroneo encantador y su desfile entre mis pies y con un bufido socarrón a mi guardia. La guerra entre estos dos también continúa.

—Hola, pequeñín —le saludo cuando lo cojo y me lo acerco—. Vamos a hacer un gran viaje.

Un destello circular cruza la mirada de Sombras como si aprobara lo que acabo de decirle.

—Voy a por mis cosas —se adelanta Valerian, que se mete en su habitación.

Emocionada y con ganas de empezar esta nueva aventura, me apresuro a ir de un lado a otro de la casa rellenando el viejo petate familiar con lo justo y necesario. Desde ropa para cambiarme, hasta la caja de herramientas para tejer, libros de hechizos, las runas astrales y calcetines, muchos calcetines.

Sombras se desplaza conmigo ahí donde voy. Me ayuda a llevar las cosas que se me caen por el suelo y me salva un par de veces de que me tropiece. Es un amor.

Me apresuro a asegurarlo todo, porque aunque el viaje se hará por el río Oes y sus aguas son calmadas, no me fío ni un pelo de que los guardias del barco vayan a tener cuidado con mis pertenencias.

Rebusco entre los estantes mis hilos más preciados y del armario del recibidor saco los más peculiares con tintadas mezcladas. Para este tipo de evento nunca se sabe con qué va a tener que lidiar una.

Voy a por mis gemas^[3] en el altar, les doy tres vueltas en el sentido contrario a la rotación de la Luna y las guardo en su saquito de seda de mariposa monarca.

Por último, lo más importante e imprescindible para una tejedora: su rueca. En mi caso decido que me llevaré la de mi bisabuela. Siempre me ha dado buenas vibras y presiento que para este evento voy a necesitarlas.

Mientras pienso en cómo voy a meter ese armatoste dentro de alguna maleta, le doy vueltas a cómo será el palacio. En los libros, noticiarios o folletines siempre se muestra como un lugar majestuoso, lleno de ventanales de colores, altas columnas y mármol blanco por todas partes.

—¿Tú qué piensas, Sombras? —le pregunto al verlo sobre la maleta lamiéndose la patita.

Soy consciente de que no me va a responder, pero cuando una vive sola a veces les habla hasta a las plantas.

—¿Lo tienes todo? —escucho a Valerian salir de su refugio.

—Casi —miro el pequeño desorden que hay sobre mi cama.

Valerian resopla ante mi desorden cuando llega.

—Deberíamos estar en el muelle ya.

—Solo me quedan un par de cosas —apuro mientras saco una chaqueta y meto un par de ovillos extra.

—O una docena —murmura cruzándose de brazos y volviendo a soltar el aire con exageración.

—Si vas a estar así, mejor ve tirando —respondo mirando todo lo que me queda por poner.

—¿Y tu protección? No, ni hablar.

“Juro que me tiene hasta los líos de de los hilos” pienso cabreándome.

Por unos segundos levanto la mirada y señalo sobre la cama.

—Tengo que meter todo esto —cambio la dirección de la mano hacia la maleta y el petate—, ahí dentro. Si te vas a quedar, tienes dos opciones: o te callas o ayudas. Cualquier otra ideas coges y te vas.

Por unos instantes veo que duda ante mi amenaza.

—Voy tirando hacia el muelle —sentencia—. ¿Podrás sola?

Asiento con la cabeza.

—Ve —concluyo—. En nada estoy.

Repaso todo lo que tengo entre las manos hasta que escucho cerrarse la puerta principal. Entonces me apresuro a priorizarlo todo. Me doy cuenta de que no me puedo llevar la rueda de mi bisabuela. Seguro que en palacio las tienen mucho más modernas, pero una pena enorme se me instala en el corazón por dejarla atrás.

Entusiasmada por la situación, termino frente al espejo contemplando los amuletos que cuelgan de la parte superior. Uno por uno los voy tocando y sintiendo la energía que me transmiten. Me dejo guiar por mi intuición y por el ronroneo de Sombras cada vez que uno me produce un cosquilleo en la yema de los dedos.

Me hago con el de las Siete Lunas, el medallón de los Enlaces y el corazón del Wyrdr. Me los cuelgo del cuello y los escondo bajo las ropas para sentirlos contra la piel.

Doy una vuelta sobre mí repasando la lista mental que me he hecho y compruebo que no me dejo nada. Cojo el chal que mi bisabuela me regaló por mi mayoría de edad, en mi trigésimo quinto aniversario, y me cubro los hombros con él. Nosotros, los dewin, tendemos a pasar de los ciento ochenta años de vida. La magia que corre por nuestras venas nos rejuvenece.

Me recojo el pelo con el pasador dorado, agarro el petate y la maleta y respiro profundo antes de coger el chal celeste y salir de casa con Sombras. Cierro la puerta con llave y antes de bajar las escaleras, me llevo el trozo de tela a la nariz y respirar su aire de protección.

—Cadw ystafelloedd fy nghartref yn lân ac yn ddiogel^[4] —revelo el hechizo cantado antes de colocarlo en el suelo frente a la puerta de casa.

Una vez entra en contacto con la Tierra, pequeños hilos de magia salen del tejido para aferrarse al alfeizar de la puerta y protegerla de cualquier malhechor.

Satisfecha y con el corazón en un puño, sabiendo que ya no hay vuelta atrás, cojo todos los bártulos y sigo los andares de Sombras por todo la aldea en dirección al río. Los habitantes me miran extrañados al verme pasear con el maleta a cuestas. Por estos lares no es muy habitual que la gente se desplace a otros lugares del país salvo cuando es inicio de temporada escolar, cosa que ya pasó hace unos meses.

Conforme voy acercándome a la zona del muelle, veo cómo la luz del sol se torna perezosa en rastros de naranja más allá del Bosque de los Telares. Llegaremos con la caída de las estrellas si partimos justo a mi llegada.

De galeras al río

Antes de girar por la última calle se escucha como si hubiese un gran revuelo cerca. Cuando llego al muelle, me encuentro de bruces contra una multitud que se amontona frente a una galera fluvial con el escudo real bordado en la vela mayor. Mi transporte hacia la capital.

La zona del muelle de Hilomar no deja de ser la calle frente al río Oes. Igual de ancha que el resto, con las casas casi rozando las lindes del agua y un par de árboles hileros, de ahí el nombre de nuestra aldea, que de lo cerca que están del cauce, sus hilos y raíces se sumergen formando pequeños halos de luz con su contacto. Es una zona un poco más concurrida por tener tiendas y un restaurante, pero nada que no tengamos en otros lados.

Por eso, cuando hay algún pequeño revuelo, como el hecho de que una galera real esté atracada en el muelle, la gente lo convierte en un lugar casi intransitable.

—Por favor —le pido a la primera persona para ir abriéndome paso entre el gentío—. Disculpe.

Nada. Se quedan quietos o me rebuznan pensando que les voy a quitar el sitio para ver lo que sea que va a suceder a continuación.

—¿Alguien me va a dejar pasar? —pregunto dejando el maleta en el suelo y poniendo los brazos en jarras.

Caso omiso. Resoplo mientras evalúo la situación. Tiro un poco hacia atrás para ver si puedo ir por la zona más costera o por el contrario, al lado de las casas. Es un imposible. Lo han abarrotado todo, sin dejar ni un pequeño camino para pasar.

—Meeeeow —escucho a Sombras junto a mis pies.

Al mirarle, sus ojos centellean como si hubiese descubierto una manera. Asiento y dejo que mi gato sea quien me guíe. Nada más lejos de la realidad. Él se escabulle entre las piernas de las personas y se aleja hasta que le pierdo de vista.

“Genial, lo que me faltaba ya. Perder a mi peludo”.

Azorada por las circunstancias y con ganas de mandarlo todo al garete, doy una vuelta sobre mis pies. Siguen llegando más y más personas y dewins a la zona, curiosos por el chismorreó.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —escucho que pregunta uno que acaba de incorporarse.

—Creo que han venido los monarcas a bendecirnos con su presencia.

—Eso no tiene sentido —responde un tercero.

—Van a llevarse a alguien —responde otra toda convencida.

—¿Han encontrado thetalianos en Hilomar? —vuelve a preguntar el primero.

—¡Nooooo! —responde este último.

—¿Usted cómo lo sabe? ¿Por qué vendrían entonces?

Pongo los ojos en blanco al ver que van a enzarzarse en una disputa que ni me va ni me viene y me doy la vuelta para volver a calcular una opción para llegar hasta mi meta.

Me aferro a uno de los amuletos que cuelgan de mi cuello cuando veo que Sombras está paseándose por la barandilla del barco con calma.

“Maldito Sombras”, maldigo antes de ver cómo se le sube a la espalda a un fae de alas blancas que está justo frente a la pasarela de abordaje.

Al notarle, este se da la vuelta y se queda mirándome. Lo reconozco. Es el mismo ser impertinente que se ha presentado a las puertas de mi tienda. Sin perder ni un segundo, levanto las manos y las muevo con esmero para llamar su atención. Pero nada más lejos de eso. El idiota se mete hacia dentro y le pierdo de vista.

“Será capullo”, pienso mientras cavilo en algo que pueda hacer.

Entonces se me ilumina el *wyrd* que me corre por las venas. De mi petatesaco un juego de agujas circulares y un hilo de color verde intenso. Sin prestar atención a mi alrededor, empiezo a montar puntos formando un círculo más o menos de un dedo de diámetro y tejo.

—*Rydw i wedi anghen am gymorth. Edrycha yma!*^[5] —recito las palabras del hechizo de socorro en voz baja.

El tejido se eleva por encima de nuestras cabeza y zigzaguea por el aire en dirección a mi objetivo. No pienso en nada más que en él, en sus alas y su rostro mientras tejo y tejo sin parar. Mis manos son un frenesí. No erro ningún punto, tejo sin mirar como me enseñó mi bisabuela, con la mente fijada en lo que quiero conseguir.

Los dedos vuelan sobre las agujas y el hilo se enreda en un tejido perfecto y armónico que se mueve como una anguila en el agua, libre y acechando a su presa. Tejo con pasión mientras la gente me empuja para abrirse paso o para ver qué está sucediendo. Nadie ve mi hechizo. El hilo se torna invisible a los ojos cuando se mantiene la concentración. Eso es algo que me enseñó mi maestra. Cuanto más concentrada, más invisible.

No paro de tejer hasta que noto como un leve empujón tira de mis agujas con sutilidad. He llegado. El hechizo se ha aferrado al guardia real y le está transmitiendo mi mensaje. Susurro las mismas palabras una y otra vez.

—*Rydw i wedi anghen am gymorth. Edrycha yma! Rydw i wedi anghen am gymorth. Edrycha yma! Rydw i wedi anghen am gymorth. Edrycha yma!*

Hasta que por fin el *wyrd* hace que este hilo que he creado se revierta en forma de respuesta.

—Ya era hora. Voy a por ti.

Los hilos de comunicación son bastante sencillos de hacer y muy útiles en según qué casos. Como este.

—¡Ooooooh! —se asombra la gente al ver cómo un fae despliega sus alas y sale volando sobre ellos.

“Por fin”, pienso al ver su dirección.

El hilo tejido se tensa conforme él tira para seguir mi rastro. Yo mantengo las agujas bien sujetas mientras él viene a mi encuentro. No dejo que se escape ningún punto hasta que la gente de nuestro alrededor forma un pequeño círculo para que aterrice sin ningún problema.

Las muestras de asombro son extremadamente exageradas, incluso creo

que una dewin joven se ha desmayado a mi lado.

—Llegas tarde —me riñe el guardia al poner un pie en el suelo y soltar el hilo que nos une.

Sin perder tiempo, saco el tejido de las circulares y empiezo a ovillarlo de nuevo por si lo necesito más tarde.

—¿Eres consciente de la que has montado trayendo esas velas cuando podrías haber venido volando? —le respondo guardando todo en el petatede nuevo—. No, claro, si no, te ibas a cansar.

—Desagradecida.

—Cretino.

Sin ayudarme con el maleta o dirigirme una buena palabra, se da media vuelta abriendo paso entre la multitud.

“Claro, como es un puñetero fae...”. La gente nunca aprenderá a respetar a los demás.

Resoplando, agarro mis pertenencias y le sigo antes de que la gente vuelva a comerse el camino que ha ido abriendo el guardia. Doy gracias a las Cerrig porque hace poco quitaron los adoquines de esta zona. Si no, los escasos cincuenta metros que nos separaban de la galera, hubieran sido un infierno.

Al llegar a la pasarela, él abre sus alas de nuevo y vuela hasta la cubierta.

—¿Necesita ayuda, señorita? —pregunta cuando empiezo a subir por la madera, que cruje bajo nuestro peso.

—La tuya no, gilipollas —murmuro tirando con fuerza del maleta.

—¿Cómo dice? —Te juro que me encantaría arrebatarte de un puñetazo la sonrisa maliciosa que se le forma.

—¡Que eres un cretino! —grito al llegar a media pasarela.

—Lo que usted diga. —Se da media vuelta y antes de que lo pierda de vista por tercera vez en menos de una hora me grita—: Por cierto, soy el teniente Alaric. Bienvenida a bordo.

Y sin más, me deja sola ante la mirada de más de media aldea subiendo por esa maldita y empinada pasarela a bordo de la galera real.

Atardeceres que despiertan

Una vez a bordo, dos marineros se encargan de recoger la pasarela por la que hace escasos momentos he pasado y la galera emprende su viaje por las aguas del Oes. Una mujer vestida con el traje de capitana y sus fuertes alas de color blanco me da la bienvenida y me informa de dónde puedo dejar mis pertenencias, al mismo tiempo que me indica que si permanezco en los bancos de popa podré ver el atardecer en todo su esplendor. Agradecida, dejo el maleta asegurado en las redes que hay junto al mástil más pequeño y me dirijo hacia donde me ha indicado.

La zona de popa está en la cubierta superior, por donde subo unas escaleras y veo lo grande que es este navío. Por supuesto, no es la primera vez que viajo en un barco, pero las dos veces que lo hice fue en pequeños botes para ir de una población a otra a buscar algunos hilos que me faltaban, y esos eran mucho más pequeños y abarrotados de gente. Este, por el contrario, podría surcar los mares con total tranquilidad.

Sintiéndome afortunada por la oportunidad que estoy recibiendo, sigo mi camino. Un escalofrío me remueve todo el *wyrd* cuando veo una espalda ancha y alada, que reconozco al instante, sentada en los mismos bancos a los que me dirijo. Al pasar frente al timón donde está la mujer, dudo unos momentos sobre si seguir o, por el contrario, sentarme en otro lugar.

—Señorita, le ruego que no tarde mucho o se perderá el mejor espectáculo —me dice con su voz melódica.

—Lo sé, pero creo que prefiero...

—Es buena gente —añade mirando al fae de reojo—. Un cascarrabias, pero en el fondo tiene un buen corazón.

—Gracias.

Le sonrío cuando me da un ligero empujón para que prosiga con mi camino hacia él. Con todos los sentidos en alerta, me dejo mecer por el vaivén del barco hasta llegar a escasas tablas de mi destino. Desde ahí, sentado con un pie flexionado sobre el banco y apoyado con sus dos manos como si estuviese tomando el sol, le doy la razón a la capitana: parece del todo inofensivo.

El viento le agita la melena que se ha desatado de esa firme trenza y me llega su olor a ámbar y tierra mojada que tanto le caracteriza y que, admito, podría reconocer en cualquier parte. Así, absorta mientras lo miro, me agarro de los brazos pensando en el mal comienzo que hemos tenido. Reconozco que he sido muy arisca, pero él no se ha quedado nada corto con su bravuconería.

Idiotizada por el momento, apenas me percato de que sus imponentes ojos se clavan en los mismos cuando se gira y me ve, parada en medio de la cubierta, mirándole con descaro.

—¿Te importaría dejar de hacer eso que estás haciendo? —me espeta de muy malas maneras.

—¿Observar el horizonte en una de las mejores puestas de sol sobre mi aldea? —le desafío acercándome a los bancos donde está él sentado—. No, no voy a dejar de hacerlo.

Al ver mi atrevimiento, su cuerpo se tensa. Estando a contraluz, no puedo percibir bien sus

gestos, pero algo me dice que ha apretado los puños igual que antes, en la tienda. Sin esperar una invitación por su parte, me siento en el mismo banco que él ocupa, separados por una distancia más que prudencial.

Me hago la valiente y dejo mi mirada clavada en el firmamento. Aprecio al Astro Rey que se esconde tras las montañas y tiñe todo el cielo de naranja intenso.

—¿No te parece maravilloso? —pregunto al aire.

No espero respuesta por su parte, pero sí que presiento cómo su cuerpo se relaja cuando baja el pie y se pone en la misma posición que yo, mirando la estela que dejamos atrás.

—¿Por qué crees que estaba aquí, tejedora? —Desde hace unos días ha empezado a usar ese apelativo que me arranca una sonrisa interior que me encanta cuando me llama así.

Cuando vuelvo a enfocarle, él me mira de soslayo. Sus ojos se tornan fríos y distantes, pero una sensación burbujeante agita el *wyrd* que me corre por las venas y me caldea el corazón.

Con un silencio acompañado por el ulular de los pájaros que se retiran hacia sus nidos, me quedo absorta viendo cómo la noche se va adueñando del día. Aguardo en mi lugar y siento cómo su mirada se clava en mí en varias ocasiones, pero no reacciono de ninguna manera. No soy consciente de si pasan segundos u horas cuando siento que su presencia se torna más densa porque se ha acercado y ahora roza mi dedo meñique con el suyo para llamar mi atención.

—¿Ajá? —pregunto más en un sonido gutural que en algo en sí cuando su mirada se vuelve a clavar en la mía.

—Teniendo en cuenta que vamos a pasar demasiadas horas juntos y en palacio en las próximas semanas... —deja la frase en el aire y vuelve su rostro hacia el último resquicio de sol que se pone tras las montañas.

—¿Si? —lo obligo en cierta manera a proseguir mientras guardo lo del mostrador en un cajón.

—Quizás estaría bien que firmásemos una tregua, ¿no? —Hace una pausa para volverse hacia mí—¿No?

Me río ante su ocurrencia. ¿Una tregua? Ni de coña. ¿Dónde estaría la gracia?

—Me lo pensaré —le sonrío con malicia.

—Y otro tema. —Se pone serio—. Deberás llamarme por mi título.

—Será un placer, Valerian —hago una semireverencia burlándome de él.

—No. No. —Se tensa y se remueve en el asiento alejándose un poco—. Teniente Alaric.

Doy un respingo al escuchar su apellido por segunda vez. La puntualización tan marcada, áspera y dramática con la que lo ha dicho hace que empiece a reírme con fuertes carcajadas. Este hombre es de lo que no hay.

—¿Quieres hacer el favor de bajar la voz?! —se exaspera al ver que mi ataque aumenta—. Shhhhhh.

Con las manos intenta taparme la boca, pero el barco se zarandea de manera muy brusca provocando que, al estar de guasa, salga impulsada hacia mi derecha. Alaric, Valerian o como quiera que se llame, me agarra antes de terminar en el suelo, pero una nueva sacudida hace que los dos caigamos rodando por la cubierta hasta que termino encima de él.

Sus ojos se clavan en los míos mientras soy consciente de que mi muñeca sigue agarrada por su mano. Nuestros rostros están demasiado juntos. Su respiración agitada se acompasa con la mía. Inconscientemente, me quedo sin aliento al ver cómo se humedece los labios paseando la lengua por ellos. Un jadeo se evapora con el rugir de la capitana que nos saca de nuestro embarazoso momento.

Asalto inesperado, rescate incontrolado

Como un resorte, Valerian me suelta las muñecas y yo las clavo en el suelo para darme impulso y ponerme en pie. Antes de que pueda tenderle una mano para ayudarlo, él ya ha salido corriendo por la cubierta y baja a la inferior de un salto desenvainando la espada.

El olor a algo parecido al azufre me invade la nariz. Jamás había olido nada parecido en medio del río, y mucho menos en Aidagalla. El *wyrd* vuelve a vibrar dentro de mí, pero esta vez de pura emoción. Mi vida siempre ha sido un remanso de paz y calma alterado por pincharme con alguna aguja o un corte con las tijeras. Pero esto... Sabía que viviría una aventura, pero ni por asombro pensaba que sería todo tan precipitado.

Ansiosa por ayudar, sigo el rastro del guardia real. Cruzo la cubierta de mando en un suspiro y cuando llego a la barandilla, un amasijo de sombras, alas blancas y destellos se enfrentan las unas con las otras. En ese momento me doy cuenta que no tengo ningún arma ni nada para defenderme. Jamás lo he necesitado, así que nunca se me había pasado por la mente hacerme con una daga o ni siquiera una navaja. Sintuéndome indefensa pero para nada asustada, rebusco en el petateque todavía llevo puesto cualquier objeto que me sirva para defenderme de lo que sea que es eso.

El barco se zarandea de nuevo y no me da tiempo de sujetarme a la barandilla de madera. Caigo al suelo.

—¡AAAAAAAHH! —chillo al impactar con la madera.

“Seguro que mañana tengo un buen moratón en la cadera”, pienso masajeándome la zona contra la que me he dado.

Volviendo a la realidad, veo que algunas de mis pertenencias han salido rodando. Un par de agujas largas de tejer han salido despedidas a un escaso metro de mí. Apresurada, recojo lo máximo que puedo y cierro el petate antes de ir a por las dos varillas. Cuando lo hago, unas botas negras de piel las pisan antes de que sea capaz de agarrarlas.

—¡Eh! —protesto levantando la mirada poco a poco.

Unas mallas negras ascienden hasta una capa neblinosa del mismo color que oculta el rostro de la persona que me observa desde las alturas. Un thetaliano. Ahora sé de dónde venía ese olor a azufre tan intenso que he sentido antes.

Como puedo me pongo en pie y sin tambalearme hago lo primero que se me pasa por la cabeza: alzar los brazos con los puños en alto.

—¡Venga! ¡Ven! —le animo sintiendo cómo el *wyrd* se agita cual flan recién desmoldado—. No te tengo miedo.

Pero la realidad dista mucho de mis palabras. No tengo ni idea de donde ha salido este carácter. Un tirón mágico en mis dedos me tironea. El *wyrd*. Debe ser eso.

El dewin oscuro que tengo frente a mí me saca por lo menos una cabeza. Con el rostro oculto por una tela negra, apenas puedo fijarme en el color de sus ojos, que me miran divertidos. El

verde intenso centellea ante mi mirada embravecida. Sin apartar sus mirada de la mía, se agacha y recoge el juego de agujas del suelo. En un pestañeo vuelve a estar de pie jugueteando con mis herramientas entre los dedos. Las hace girar con agilidad sin que se le caigan, se las pasa de una mano a la otra haciendo cabriolas, pavoneándose delante de mí.

—¿Vas a dejar de hacer el imbécil con mis agujas? —le pregunto cruzando los brazos sobre el pecho.

Sin mostrar ni un ápice de cordura, termina lanzándolas contra mí con tanta fuerza que se clavan en la barandilla de la cubierta, intento moverme pero mi falda a quedado atrapada por ellas y por ende yo también. El thetaliano se acerca tan sigiloso como un acechador a su presa.

—Si no sabes usar un arma —sisea acercándose a mi oreja—, no la lleves nunca contigo.

Esa maldita frase me la soltó hace un par de días Valerian, y me dolió demasiado. En el fondo, los dos tienen razón. No sé usarlas y, aunque me fastidie, juro que en cuanto ponga un pie en tierra firme empezaré a entrenar.

Por otro lado, me doy cuenta de que es una mujer. Su aliento es cálido y húmedo, y provoca que el *wyrd* se altere contra mis sentidos.

—Es que no son un arma —puntualizo intentando forcejear para quitarme la aguja clavada en la falda, hasta conseguirlo.

—Ah, ¿no? —chulea separándose un poco y fijándose en mi boca.

—No. —Cierro los ojos para que no note cuán nerviosa me pone su mirada—. Son mis herramientas.

—¡Oh! —suspira tan cerca de mi rostro que el aliento teñido de ese odioso aroma me nubla los sentidos—. Una tejedora de destinos. Vaya, vaya.

Al percatarse de mis intentos por liberarme de las agujas, me agarra de la mano acortando más si cabe el espacio entre las dos. El *wyrd* se torna más caliente, casi asfixiante, cuando noto su contacto sobre la piel. Nunca se me había alterado tanto por un roce contra alguien de mi mismo sexo, y me confunde por unos instantes. Lo suficiente como para aprovecharse de la cercanía y sentir cómo algo húmedo me recorre el cuello. Su lengua bífida me lame caliente y deseosa.

—Nunca había saboreado a una tejedora —murmura sin despegarse de mí—. Eres dulce como un amanecer y fresca como la salvia en primavera.

Es la segunda vez que me pasa hoy que alguien se aproxima tanto a mí, y la segunda vez que el *wyrd* vibra en mi interior con el mismo cosquilleo febril. Salvo que esta vez, mi sexto sentido se antepone haciendo uso de razón y me advierte de que ella es el lado tenebroso, es mi enemiga. Somos dos caras del mismo tejido.

Justo en ese momento aprovecho para levantar la rodilla y clavársela en la entrepierna, arrancándole un alarido de dolor que la dobla por la mitad. Es sabido que un puntapié entre las piernas les duele lo mismo a hombres que a mujeres.

—Eso te pasa por lamerme sin mi consentimiento y esto —espeto empujándola hacia atrás tirándola al suelo mientras arranco la aguja de tejer de la madera y la apunto con ella—, por tocar mis herramientas.

Decidida a sacarle un ojo si es necesario, me doy cuenta de que la que está hablando por mí es la rabia y no mi esencia. Por unos segundos dudo si sería capaz de hacerle daño. Antes de que pueda hacer cualquier movimiento, me quedo helada con lo que veo frente a mí.

La magia de Elaena

El colgante con forma de corazón que llevo al cuello irradia luz por todas partes. Una especie de burbuja me rodea protegiéndome del exterior. Líneas de dorado se mueven en círculos perfectos mientras los tentáculos de una estrella nacen del centro del amuleto para conectarse entre ellas y dibujar mapas en el cielo. Siento una profunda revelación en mi interior, más incluso que cuando aprendí a tejer destinos por vez primera.

No sé cómo se ha activado ni si lo he hecho yo, pero sí que siento como si el *wyrd* que fluye por mis venas se conectara con el amuleto formando un vínculo mágico.

La thetaliana retrocede al ver el poder que está emanando del amuleto.

—¡Retirada! —grita asustada antes de arremolinarse en su propia niebla.

La nube que forma salta por encima de la barandilla de madera y va en busca de sus compañeros. Todos se transforman en humo para salir del navío dejándonos otra vez en nuestra tranquila travesía.

—¿Qué narices es...? —escucho en la cubierta inferior.

Temerosa por no entender nada, cubro el Corazón del *wyrd* con la mano y lo escondo bajo mis ropas haciendo que esa burbuja de protección se desvanezca y todo vuelva a la normalidad.

De una revolada, Valerian aparece a mi lado con la espada ensangrentada en la mano y la contrariedad en el rostro.

—Pero ¿tú no eres una tejedora de destinos? —me espeta dejando caer el arma al suelo para cogerme por ambos hombros y zarandearme.

—¡Oye! —bato los brazos para que me suelte y deje de comportarse como un imbécil—. Sí, soy una tejedora. ¿Y?

—¿Cómo que y? —Se pasa una mano por el pelo desordenado por el fragor de la escaramuza—. Lo que acabas de hacer no es... habitual en una de las de tu especie.

“Pero ¿qué está diciendo este hombre?”. Ni tan siquiera yo soy consciente de lo que acaba de pasar aquí como para que me diga qué es lo “habitual” o no en las que son como yo.

—En primer lugar, tú no sabes nada sobre mí —empiezo a enumerar recogiendo las agujas y guardándolas en mi petatede nuevo—. Para continuar, lo que haga o no, sea o no, en mi vida, no es de tu incumbencia. Y para terminar, no sé qué hilos ha pasado aquí hoy. ¿Te queda claro?

Al haber levantado la voz los dos, hemos provocado que parte de la tripulación se haya quedado en las escaleras que suben hasta nuestra cubierta mirando cómo reñimos.

—Si, claro. Y yo me chupo un ala —responde recuperando la espada que ha dejado caer para limpiarla con el primer trapo viejo y mugriento que encuentra tirado por aquí—. Tú y tu *wyrd* incontrolado. ¿Sabes lo que podría pasar? Claaaaro que no, porque nunca fuiste a la academia como una dewin normal y corriente.

Ese comentario me rompe, me retuerce cual llanto desconsolado. Valerian no tiene ni idea de por qué nunca fui a la academia, y es muy injusto que me trate así cuando ese año los thetalianos

quemaron nuestras casas y nuestra aldea y tuve que huir a casa de mi bisabuela en Hilomar no sin antes ver cómo uno de ellos mató a su madre.

—No es más necio un ignorante que no pregunta que el que ataca sin saber.

La decepción tiñe todas y cada una de mis palabras, y él lo percibe. Pero no dispuesta a seguir hablando con el fae, lo rodeo y me voy hacia las escaleras, donde todos nos están mirando.

—Disculpad por la escena —murmuro siendo consciente de que apenas me ha podido escuchar la capitana, que es la primera—. Por favor, si la galera está en buenas condiciones le pido que prosigamos con la travesía.

No sé si tengo el poder de hacerlo o no pero lo suelto. Sin decir una palabra más, bajo las escaleras hasta la cubierta inferior. A mi espalda, noto cómo sus ojos me siguen a cada paso que doy, pero me da igual. Decido hacer caso omiso a mi sexto sentido y sentarme junto a mi maleta todo lo que queda de viaje hasta la capital.

La noche cae mientras sigo cavilando qué es lo que ha sucedido con el amuleto y con el ataque en general. ¿Qué estaban buscando? ¿Cuál era su propósito?

Por lo que he intuido gracias a un marinero que se ha sentado a hacerme compañía un rato, este buque tan solo ha sido fletado para transportarme a mí. No hay nada de valor en su interior ni ningún cofre secreto, por lo que mis preguntas siguen estando presentes y palpitantes.

Lo que más me preocupa es cómo el *wyrd* se ha manifestado con tanta fuerza. Es la primera vez que he sido capaz de formular algo de tal magnitud. Ni siquiera era consciente de que todo ese poder se cernía sobre mi ser.

Sin sacarlo de su guarida entre mis ropajes, lo rozo con la yema de los dedos y me conecto con mi bisabuela.

“Nana, estés donde estés, necesito respuestas”. Hago una pausa para mirar el firmamento y respirar hondo. “Cuánta razón tenías al decir que era especial, aunque podrías haberme advertido de esto”.

Esbozo una sonrisa cansada cuando alguien me roza el hombro.

—Señorita Elaena, estamos llegando —la voz de la capitana me tranquiliza—. Si me acompaña.

No digo ni una palabra, pero asiento con la cabeza mientras me pongo en pie. Siguiendo los pasos de la mujer que ha tripulado la galera, nos dirigimos hacia estribor.

—Bienvenida a Aidara, señorita, nuestra capital.

Frente a mí, las luces tenues de las casas de la ciudad me dan una cálida recibida. La mujer me indica con sus ágiles dedos dónde se sitúan algunos de los edificios más emblemáticos hasta que señala el grandioso y majestuoso palacio. Iluminado por antorchas, parece mucho más siniestro de lo que creía recordar de cuando vine de pequeña.

—A la luz del sol, la ciudad reluce como el oro acabado de bruñir.

—Será perfecto —le aseguro con una tímida sonrisa que apenas se intuye por la poca iluminación del navío.

—¡Oh, no! Señorita, dista mucho de ser perfecto, pero es mi hogar y lo amo con todo mi corazón.

Así, una al lado de la otra, vemos cómo mi futuro se torna más presente y la realidad cobra más vida cuando una sensación de anticipación y nerviosismo se apodera de mí.

La ciudad sin honor ni chismes

El muelle de Aidara es un poco más grande que el de mi aldea. Un par de galeras más están amarradas y una decena de pequeñas embarcaciones pesqueras reposan tranquilas hasta que llegue el alba. Al contrario de cuando me he ido, nadie nos espera al bajar, solo un par de caballos y un carromato dispuestos para nuestra partida hasta el palacio.

Agradecida porque un par de tripulantes me ayudan a bajar el maleta y seguida de cerca por Sombras, desembarco yendo directa hasta donde una mujer, vestida con una túnica larga hasta las rodillas con el escudo real, nos aguarda aferrada a nuestros corceles.

—Nos da^[6], señorita Elaena —me recibe con una impecable reverencia.

—¡Oh! No, no —me apresuro a hacerla ponerse en pie—. Nada de reverencias ni nada por el estilo. ¡Nos da!

—Como gustéis, señorita. Su corcel es el de color buckskin. Se llama Hebra.

—¿Disculpe? —pregunto al no entender.

Los ruidos de la noche en una capital y el casi murmullo con el que habla hacen que apenas la comprenda.

—El de color marrón con patas negras —espeta Valerian a mi espalda—. Espero que sepas montar.

Cansada de tanto incordio, resoplo para quitarme un mechón rebelde de la cara y me encamino a mi destino. Con la misma destreza con que mi bisabuela me enseñó, pongo un pie en el estribo, me aferro al fuste y me doy impulso para terminar sentada a horcajadas.

—Usted guía, teniente Valerian.

Algo parecido a un gruñido es lo que escucho antes de que él suba y Sombras se encarama de un salto para acurrucarse en mi falda. Por el rabillo del ojo veo cómo la mujer que me ha dado la bienvenida esboza una sonrisa que borra con rapidez al ver que la he pillado mirándome. Carraspea antes de tenderme las riendas y comunicarme que ella nos seguirá a pie para marcar la pequeña comitiva.

Antes de ponerme en marcha, doy un vistazo al par de faes que depositan el maleta en la carretilla. Agradecida, asiento con la cabeza antes de que vuelvan a subir al navío. Desde arriba, la capitana nos observa. Levanto la mano y la agito para despedirme, a lo que ella responde llevándose la suya al pecho y dándose tres golpes con el puño cerrado y dos dedos cruzados.

Escucho el golpeteo de las herraduras metálicas del caballo de Valerian contra los adoquines. Es el momento de ponernos en marcha, por lo que espoleo con suavidad las riendas y sigo al teniente.

Conforme nos adentramos en la capital, me sorprende al ver cómo la gente sigue con sus quehaceres. No salen a recibirnos ni a darnos una muestra de honor. Esto en Hilomar no pasa. Claro está que ni tan siquiera tenemos guardias. Vivimos en una armonía casi monótona por lo

que con cualquier pequeño altercado ya estamos todos en la calle mirando qué pasa. ¿Tranquilos? Sí, pero cotillas.

Al ser de noche los locales están cerrados, pero a través de las ventanas veo cómo las familias cenan o siguen con su ritmo de vida.

El paseo se hace más largo de lo que me imaginaba, seguramente por el cansancio acumulado de todo el día, y más teniendo en cuenta que desde el altercado en el barco, Valerian no me ha dedicado ni una triste frase para mostrarme cómo es la capital.

Un bostezo se me escapa cuando por fin llegamos a la muralla de la ciudadela. Por lo que mi bisabuela me contó, Aidara consta de la ciudad extramuros, donde residen la gran parte de comerciantes mayormente humanos, dewins y otros seres dedicados a la baja alcurnia. Luego está la ciudadela, donde la gente de bien, la guardia real y servicio de palacio, junto con la realeza.

Desde mi posición, puedo ver cómo las murallas cubren gran parte de las fincas que aguardan entre ellas. En el centro, iluminado por las luces de las antorchas, se yergue el palacio real. Casi me quedo sin aliento al ver ondear la bandera de nuestro reino entre las sombras cuando un nuevo escalofrío agita el *wyrd* que llevo en mi interior.

—¿Está bien, señorita Elaena? —me interrumpe la mujer que nos ha traído los caballos.

—S-sí —balbuceo apartando la mirada del edificio que esta noche espero me dé cobijo.

—De acuerdo.

Perdida en mis cavilaciones, cruzamos la entrada a la ciudadela. El estilo de las casas, incluso las calles, parecen estar bañadas en riqueza. Fuera han quedado los adoquines mal puestos para dar cabida a una piedra mucho más grande y lisa con la que apenas se escucha el trotar de los corceles. Embobada, me fijo en la cantidad de balcones adornados con flores e iluminados por fuegos mágicos. Su belleza podría hacer sombra al mismo Bosque de los Telares, donde al caer la noche los hilos se iluminan formando extensas y enredadas telarañas.

Siguiendo el caballo de Valerian, nos adentramos por las calles zigzagueantes hasta llegar a la misma puerta del palacio. La entrada está escoltada por dos imponentes faes cargados de lanzas y armados hasta los dientes. Admito que sus espaldas anchas y esos mentones cuadrados darían para semanas de habladurías en el club de los viernes en la tienda.

Esos dos, al ver al teniente, repiten el mismo gesto de la capitana cuando nos hemos despedido. Jamás lo había visto hacer.

—¿Qué significa eso? —le pregunto a la mujer que nos ha acompañado a pie.

—Es un saludo que representa la fe y la suerte —al decir eso último entrecruza los dedos de la mano para mostrarme el gesto—. Los tres golpes en el pecho es por las batallas libradas, las que se libran y las que se librarán.

Una exclamación tenue se me escapa entre los labios. Asiento con la cabeza conforme lo he entendido y me pongo una nota mental de cómo se realiza por si tengo que usarlo.

Absorta en ese ritual, ni siquiera me había dado cuenta de que nos habíamos parado cuando las puertas de hierro se abren dando paso a un precioso jardín delantero. Seguimos nuestro camino rodeando una fuente y llegando por fin a la puerta principal, presidida por un grandioso porche de altas columnas y puertas acristaladas que dan acceso al interior, donde una fuerte iluminación nos recibe.

—Señorita, si me disculpa, me quedo con su corcel —señala el interior del palacio—. Ahí dentro no le hará falta.

—¡Oh! Por supuesto —me apresuro a despertar a Sombras, que se había quedado dormido en

mi regazo.

Feliz por haber llegado y pensando en un plato caliente que llevarme a la boca, descendo de mi corcel y le tiendo las riendas a la mujer.

—Por cierto —hago una pausa antes de ponerme a andar—, ¿cómo te llamas?

—Brigada Seraphina.

—Un placer conocerla. —Automáticamente hago el saludo que me ha enseñado.

—El placer siempre es mío. —Me corresponde con el mismo gesto.

Contenta por haber encajado en este nuevo mundo, acaricio a Sombras y me propongo seguir las alas blancas de Valerian que se mueven frente a mí.

Broncas a medianoche

El calor de cuatro candelabros colgantes llenos de velas encendidas nos recibe cuando traspasamos las puertas principales. La grandeza de un vestíbulo de altas y delgadas columnas con enormes ventanales a cada lado y escaleras que se concentran en la sala me dejan con la boca abierta. Nunca había estado en la capital aunque sí sabía de su majestuosidad, pero nada en mis pensamientos se acercaba a lo que mis ojos están viendo ahora mismo.

Los blancos y altos techos replican el eco de mis pasos contra el suelo de mármol. Absorta, doy vueltas sobre mis pies para no perder detalle de nada. Sin darme cuenta, choco contra alguien.

—Oh, mis más sinceras disculpas. —Detrás de mí veo a un hombre alado.

Vestido con el traje azul militar y un rostro poco amigable cruzado por una cicatriz, encuentro al que creo que es un capitán o pez gordo de la guardia real. El *wyrd* se sacude en una descarga rápida y punzante como si me pusiera en alerta de algo.

Sin querer ofenderle más, aunque creo que ya es demasiado tarde, hago el saludo que me ha enseñado hace nada la capitana.

—¡Teniente Alaric! —una voz gruesa y fría sale por su boca sin quitarme la mirada de encima, y la mueca de desprecio mezclada con altivez se exagera.

—Capitán General Morgar —la voz de Valerian pierde toda la vida y jocosidad con la que hemos hablado en el barco para convertirse en un témpano de sequedad helada—. Mis más sinceras disculpas.

Valerian iba unos pasos por delante cuando me he dado de bruces contra este fae, pero no tarda ni dos pestañeos en llegar a mi vera y, cogiéndome por el brazo con firmeza pero sin hacerme daño, me retira de la proximidad del capitán.

—Hemos llegamos en cuanto hemos podido, mi capitán.

—Eso ya lo veo. —“Será estúpido”, pienso al ver cómo la mandíbula de este hombre se tensa para formar una línea fina en sus labios—. Llegáis tarde.

Sus escuetas palabras me enervan por segundos. “¿Por qué la gente no puede ser amable?”. Este es el recuerdo que tenía de la capital: algo frío e impersonal. En Hilomar es todo lo contrario.

—Nos asaltaron en el Oes, mi señor.

—Excusas —replica—. Sus majestades han estado....

—No son excusas —suelto frunciendo el ceño y levantando la voz para cortar su discurso—. Thetalianos asaltaron la galera y tuvimos que detenernos para defendernos.

Me percato de que Valerian no había retirado la mano de mi brazo cuando me aprieta advirtiéndome de que mantenga la boca cerrada si no quiero meterme en más problemas.

—Deslenguada viperina. —Sin estar preparada, el capitán suelta un guantazo que me cruza la cara.

Un dolor agudo me sube hasta el pómulo y me atraviesa el alma. Jamás en la vida nadie, ni

hombre ni mujer ni criatura, me había propinado una bofetada. Una rabia en mí, oscura y desmesurada se apodera de mí, hormigueándome los dedos, esto no es normal, no en mí a menos que... ¡El *wyrd*!

El agarre del teniente se torna más firme cuando me aferra por el otro brazo y me encara a él. En su mirada plateada centellean todo tipo de preguntas, pero lo peor es la advertencia de que mantenga la boca cerrada si no quiero terminar en una mazmorra o algo peor esta noche.

Con el miedo en el cuerpo, dejo caer las pestañas a modo de asentimiento antes de que afloje la mano. Vuelvo a mirar al capitán a la cara y me quedo a un lado bajo la protección de Valerian. Nunca me ha gustado ser sumisa y, si tengo que decir algo, tampoco he tenido miedo de hacerlo. Pero, con sinceridad, ese capitán Morgar me transmite demasiada autoridad y miedo.

—Mis más sinceras disculpas, mi capitán —endurece el tono Valerian al desconectar de mi mirada y echar un vistazo—. Esta insensata es de pueblo y sin estudios por lo que ya me encargaré yo de meterla en vereda durante su estancia aquí.

Las palabras del guardia real me atraviesan como puñales en el corazón. Me hieren, aunque algo en el *wyrd* me dice que estaré a salvo.

—Esta monarquía se va a la mierda —espetea el capitán Morgar—. Que no se vuelva a repetir, insolente.

—Descuide, que así será —aunque la voz de Valerian se a tornado como un témpano de hielo, puedo sentir algo más amargo que todo eso: miedo—. Voy a llevarla a sus aposentos y a darle una buena reprimenda.

—Eso no será posible —corta el capitán poniendo las manos en la empuñadura de la espada en un gesto que intuyo demasiado familiar en él—. Con la premura de los acontecimientos todavía no se han dispuesto las habitaciones.

Al escuchar sus palabras, una nueva sacudida en el *wyrd* me advierte con una sensación cálida y exasperante a tiempos iguales. “¿Vivir bajo el mismo techo que Valerian? Ni de coña”.

—Debe estar de chanza, capitán —expongo, incrédula.

—¿Tengo cara de estarlo? —resopla cual toro embravecido—. Esas son las normas, teniente Alaric. O las acata o asuma las consecuencias.

Sin darnos tiempo a réplica, bate las alas con fuerza para salir volando hacia las escaleras que tengo a mi derecha. No le quito la mirada de encima hasta que desaparece de mi vista. Se notan los años de servicio en las curtidas alas llenas de cicatrices y algún que otro agujero, probablemente producido por la espada del enemigo.

—¿Te has vuelto loca o quieres pasar el resto de tus insufribles días encerrada en la peor de tus pesadillas?! —me espetea Valerian poniéndose frente a mí y pasándose la mano por el pelo.

—Y yo qué sabía —protesto cansada de tanto formalismo.

—Es el capitán general Morgar, Elaena. —Hace una pausa—. Él puede convertir tu vida en un infierno por mucho menos de lo que has hecho esta noche. ¿Eres consciente de ello?

—Pero si me ha cruzado la cara —reprocho enfadada y llevándome la mano al lugar entumecido.

—Podría haber sido mucho peor, créeme —sentencia mirando a izquierda y derecha más cabreado de lo que lo he visto hace unas horas al descubrir mi *wyrd*—. Anda, vamos a casa.

No me espera cuando termina de hablar y cruza el vestíbulo de nuevo deshaciendo los pasos que hemos dado.

—¿A casa? —pregunto apresurándome para llegar hasta él—. ¿A Hilomar de nuevo?

Se detiene en seco y se gira para escudriñarme de arriba abajo.

—Punto uno —empieza endureciendo su voz—, en palacio no se corre cual colegiala. Punto dos, vas a tardar semanas en regresar, créeme. Punto tres, como no te calles, duermes en la pocilga de los cerdos reales.

Cuanto más les conozco más insoportable se vuelven los faes. Cómo se nota que ahora está en su terreno y puede crecerse.

—Esta bieeeeeen —remugo alzando los brazos en señal de rendición—. Me callo, pero esto no se va a quedar así.

Sin poderlo evitar, Valerian esboza una sonrisa cuando llego a su lado. Sin pronunciar una palabra más, nos ponemos a andar hasta cruzar las puertas palaciegas donde una sensación de alivio me reconforta.

Dormirás en el suelo

Las noches empiezan a ser cálidas en Aidagalla. En nuestro reino, salvo en lo más álgido del invierno, se conservan buenas temperaturas. Al salir a la calle, la noche se ve estrellada y serena, sin ninguna nube a la vista amenazando con precipitarse.

—Debes tener hambre, Elaena —comenta Valerian cuando giramos por la primera callejuela.

—Más que conocimiento.

—Eso no es mucho —comenta más relajado desde que hemos dejado de hablar del capitán.

—¡Eh! —protesto propinándole un golpe amistoso en el costado—. Eso no es muy cortés por tu parte.

—Ni que tú perturbes las últimas horas de mi jornada plantándole cara al capitán.

—Fue muy grosero y un arrogante —me defiende poniendo las manos en alto.

—Es el capitán —remarca poniéndose frente a mí y haciendo que me pare—. Tienes hambre, ¿sí o no?

—Por supuesto que sí.

Sin darme tregua, entra por la puerta que hay justo a mi izquierda y me encuentro dentro de una posada en pleno bullicio.

El ruido es casi ensordecedor. Gente que grita, ríe y vitorea. Mujeres y hombres con enormes jarras de cerveza o hidromiel se pasean entre las mesas sirviendo a sus clientes con una sonrisa en los labios. Al fondo, una pianista junto con un joven que toca el acordeón intentan hacer hueco a su música, aunque apenas consigo oírla.

—Bienvenida a Blodau, la mejor taberna del reino. —Valerian me mira divertido. Su humor se mezcla con el de los presentes hasta el punto de que meneas la cabeza al son de la música.

Animada por sus palabras, le sigo hasta llegar a una mesa en cuyo banco solo quedan dos huecos, uno junto al otro. Apenas tenemos tiempo de poner el panderero en el asiento cuando nos sirven dos boles llenos de comida.

—¿Qué es? —pregunto levantando la voz.

—¿Cómo? —El ruido es tan ensordecedor que apenas escucho mis propios pensamientos.

Acercándome hasta su oreja le grito la misma duda. En esta ocasión, me responde algo de estofado de ternera con verduras y un mendrugo de pan rancio que afirma que está de rechupete, pero lo pongo en duda. Estalla en una nueva risotada al ver mi cara cuando voy a llevarme la primera cucharada a la boca. A pesar de que el aspecto no es nada apetecible, reconozco que a una hambrienta todo le sabe bien, y aquello era un auténtico manjar.

Entretenida por el ambiente, apenas hablamos. Solo trago famélica y me mezo al compás de los fae, humanos y dewin que pasan por detrás y me arrastran sin miramiento. Por fortuna, Valerian está dicharachero y, cuando en alguna ocasión estoy a punto de darme de bruces, él me sujeta por el brazo manteniéndome en mi lugar.

Comentamos sobre la travesía hasta la capital y me pierdo en su exposición sobre los thetalianos junto con su aumento de ataques a Aidara. Por unos instantes nos ponemos de

acuerdo en que algo extraño está sucediendo y que nosotros tenemos el deber de velar por la seguridad de nuestro reino. Lo que más me sorprende es que en ningún momento saca a la luz mi “situación”. Aunque a decir verdad, prefiero que no lo haga, ya que ni yo misma sé qué es lo que ha sucedido, cómo el *wyrd* se ha manifestado de esa manera. Nunca antes había tenido una sensación tan... grandilocuente. Siempre lo había sentido cuando tejía o elaboraba algún proyecto con mis agujas. Pero ¿así? ¿Con los amuletos y sin nada de tejer? Nunca. Y dudo mucho que eso sea señal de buen augurio.

Mis bostezos no tardan en llegar. El día ha sido largo y variopinto. Cuando Valerian me propone retirarnos, acepto encantada.

Achispada por la bebida y con el estómago lleno, tomo la mano que él me ofrece y tira de mí entre el barullo. Tropiezo con algún pie que sobresale de las mesas y me tambaleo, pero consigo mantener el equilibrio hasta que alguien vestido con una camisa violeta y pantalones negros se lleva mi hombro por delante.

—¡Eh! —protesto girándome de golpe sin dejar de sujetar la mano de mi acompañante—. ¡Tú! Me has hecho daño.

Una risa nerviosa se me escapa por culpa del alcohol.

El hombre ladea el rostro y una sensación extraña en ese momento me dice que no ha sido buena idea plantarle cara. Ya van dos en un solo día. Pero algo en sus ojos me llama la atención. Me es familiar. Como si los hubiese visto antes.

Por unos instantes giro la cabeza hacia Valerian y de nuevo al misterioso hombre, que se ha perdido entre la muchedumbre del bar. El exceso de hidromiel no me deja pensar con fluidez, aunque el *wyrd* me diga lo mismo que la razón.

—Pero ¿qué te pasa hoy? —protesta Valerian tirando de mí con fuerza hasta sacarme del local.

—Ese hombre... Lo tengo visto.

—¿Habías estado antes en Aidara? —me reta con la mirada.

—No, ya te lo comenté.

—Entonces dudo mucho que lo conozcas —sentencia.

Su mirada está igual de achispada que la mía, salvo que él sabe guardar la compostura y a mí todo el entorno me da más vueltas que una peonza. Sin cruzar una palabra más, empezamos a andar por las calles de la ciudadela. Por suerte solo tropiezo un par de veces con mis propios pies antes de que Valerian se termine hartando y me coja como un saco de patatas sobre su hombro. Alza el vuelo y me pierdo en la maravilla de la capital.

Más lejos de forcejear contra el agarre, la verdad es que se lo agradezco, porque mis piernas ya flojeaban. Me acomodo mirando cómo las luces de Aidara bailan bajo nuestros pies. Sobrevolamos las casas rodeando el mismísimo palacio hasta que aterriza en una zona de casitas bajas con jardín.

—Ya hemos llegado —anuncia al posarse enfrente de una puerta de madera.

Con los ojos medio dormidos atino a subir el escalón y entrar a una pequeña casa. Valerian enciende una vela y me indica que pase al interior. El lugar es minúsculo y todo parece estar en una misma estancia. Veo muebles de madera básicos, una cocina con una chimenea de metal al fondo y muchas plantas tétricas que, a juzgar por la poca luz, es lo único que le da calor a este hogar.

—Sé que no es muy grande, por lo que yo dormiré en el suelo.

Intentando no tropezar con nada, me detengo en lo que parece una encimera. Me divierto

pasando los dedos por los tarros que encuentro a mi paso.

—¿Por qué ese cambio de humor? —le pregunto sin pasar el filtro de la cordura y la sensatez. Escucho cómo él trajina al otro lado de la estancia.

—¿A qué te refieres, tejedora?

—A nada en particular —le reprendo arrepintiéndome al instante de la pregunta.

Mis labios dibujan una amplia sonrisa mientras recorro las sartenes provocando un tintineo que resuena por el lugar.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de tocar mis cosas?

—¿Ves? —Me doy la vuelta para darme cuenta de que Valeria está demasiado cerca—. A eso me refiero. Pasas del buen humor a la tempestad en solo un pestañeo.

—No me gusta que una extraña hurgue en mi cocina —dice cogiendo el único tarro con el que me había encariñado. Lo devuelve a su sitio—. No es de buena educación.

—Hace unos días te pillé en la mía intentando preparar un revuelto a primera ahora de la mañana y despertando a todo Hilomar con tu graaaaaan destreza —me mofo de la situación.

—Eso fue... distinto. —Toca la sartén con la que estoy jugueteando y la deja quieta.

—Tampoco como me ha tratado el capitán y usted lo ha aprobado —lo ataco otra vez paseándome con libertad por la estancia ya que me ha quitado el juguete.

—¿Volvemos de nuevo a esa historia?

—Mañana me va a salir un buen moratón —protesto de nuevo frotándome la zona y dejándome caer sobre el camastro.

—Solo diré que debes ir con mucho más cuidado, Elaena, o terminarás pagándolo caro.

—Pero te ha gustado. Confiéselo —le provoco quitándome el chal de mi bisabuela y aflojando las cuerdas de mi corsé.

—Nunca me oírás decir tal cosa de mis propios labios —sonríe de manera pícara.

—Eso es un sí, mi teniente.

—Teniente a secas. —Veo cómo todo su cuerpo se tensa y las alas se contraen.

Una pausa se cierne entre nosotros mientras termino de quitarme el vestido y me quedo con las enaguas blancas. Desde su posición, no me ha quitado la mirada de encima mientras me desvestía. Cuando consigue mirarme a los ojos, carraspea dándose media vuelta para servirse un vaso de lo contiene la jarra que hay en la mesa central. Sea lo que sea, da un buen trago.

—Si necesitas deshacer algo de tu equipaje...

—¿Lo han traído aquí? —pregunto como una ilusa.

Él señala en la esquina que hay al otro lado de la estancia y, en efecto, veo mi maleta.

—Mañana es un día importante e imagino que habrás traído algún atuendo acorde con —duda en sus palabras— la realeza.

No sé si es por el hidromiel o porque no entiendo su pregunta, así que opto por quedarme callada.

—¿No has traído ningún vestido acorde al lugar donde veníamos?

Sus ojos se abren como los de un búho en noche cerrada.

—¿Esto te sirve? —levanto lo que me acabo de sacar, ya que las cuatro o cinco mudas que he traído son de la misma guisa.

—¡Por todas las Cerrig! —se escandaliza

—¿Qué? —pregunto poniendo los brazos en jarras—. Apenas he tenido tiempo de preparar el maleta. Por si no te has dado cuenta, vivo en una aldea donde la realeza a duras penas viene cuando el ritual del ovillo y, para terminar, ¿tú me has visto con cara de tener algún traje

pomposo? Soy tejedora, no duquesa.

Valerian resopla irritado paseándose en círculos delante de mí.

—Mañana antes del primer torreazo deberemos ir a buscarle algo...

—¿Primer qué? —pregunto sin entender nada.

—Ya te lo contaré en otra ocasión, Eleana. —Se acerca para tenderme un vaso del mismo brebaje que él.

—¿Qué es?

—¿Dejarás de hacer tantas preguntas alguna vez? —Veo la exasperación en su rostro.

—¿No me quedaría con las dudas?

—Mira que duermes en el suelo —me amenaza al ver que no me meto en el camastro y que sigo en mis trece.

—¿Serías capaz?

Más rápido que el aleteo de una mariposa, me veo en brazos de él de nuevo dejándome sobre la alfombra que hay junto a su cama, me mete una almohada bajo la cabeza y me tiende una manta sobre el cuerpo.

—A mí no me retes, tejedora.

—¡Elaena! —grito entre bostezos.

El agotamiento de todo el día empieza a hacer mella en mí. Valerian apaga la vela y se mete en el camastro. Todo se queda en un silencio solo roto por los pequeños ruidos de la noche. Me siento a gusto en el calor de la manta y, en cuanto empiezo a hacer balance, como cada noche, de todo lo que ha sucedido durante el día, los ojos me pesan y se cierran para caer en un sueño profundo.

—Lo del capitán —murmura Valerian antes de que me abrace la noche por completo— me ha encantado.

Eso no me lo pongo

La cabeza me martillea cuando siento que alguien me zarandea.

—¡Bore da^[7]! —la voz de Valerian me devuelve a la realidad.

—Bore da. ¿Ya ha salido el sol? —pregunto bostezando y moviendo los brazos para desentumecerlos.

Esto de dormir en el suelo me ha dejado más molida de lo que pensaba, aunque debo confesar que me lo busqué yo sola.

—Lo hará en nada. —Me tiende una mano para que me ponga en pie—. He servido un mendrugo de pan y algo de queso. Si necesitas asearte ahí tiene la tina de agua y la letrina está fuera.

—¿Letrina? ¿No tenéis baños? —pregunto acercándome a la puerta.

—Las casas nuevas de la ciudadela sí, en el resto de ciudad hay baños comunes y en esta zona... Bueno, pues eso.

Agradecida, voy a hacer mis necesidades básicas en un abrir y cerrar de ojos. En cuanto regreso, me aseo un poco y me pongo lo mismo de ayer, la blusa, el corpiño y la falda.

—Por lo de anoche... —empiezo a darle vueltas a una preciosa excusa que no encuentro.

—No es nada. —Valerian, que está sentado sobre la encimera de la cocina, me invita a acompañarle en el desayuno tomando asiento en el único taburete—. Hoy será un día largo.

—Imagino.

—¿Estás preparada para lo que se nos viene encima? —me pregunta dando un bocado a su trozo de pan.

—Si te soy sincera —bebo un trago de agua—, no estoy muy segura de por qué estoy aquí.

Un silencio peculiar se apodera de la habitación. Él da un mordisco a una uva para después meterse un trozo de queso entero.

—Digamos que han sucedido cosas.

—Pero ¿qué cos...? —no termino de formular la pregunta cuando veo a Valerian enarcar una ceja—. Dejo de preguntar, que quiero terminar de desayunar.

—Así me gusta. Además, deberíamos irnos ya o no dispondremos de tiempo suficiente.

Asiento con la cabeza dando un último mordisco a mi trozo de pan. Dejo el plato en la pila y voy a por mi zurrón.

—Está en el perchero de la entrada —se anticipa él al ver mis intenciones—. Ayer se te cayó en pleno vuelo hacia aquí.

—Mis disculpas —intento defenderme llegando hacia él—. No acostumbro a beber, y no sé si dije alguna estupidez o algo...

—Tranquila, las idioteces las dijiste estando sobria. —Esboza una sonrisa ante su elocuencia—. Venga, vámonos.

—¿Me vas a llevar volando? —pregunto pasando por enfrente de él, cogiendo el petatey

saliendo de la casa.

Fuera el sol ha empezado a teñir el cielo de una mezcla de naranjas intensos mezclados con algunas nubes rojizas. Espero a que él cierre la puerta y me indique el siguiente paso, porque lo de responder ya me imagino que ha quedado descartado.

Me dejo guiar por las calles que amanecen con el canto de los pájaros. Algunas contraventanas se abren perezosas a nuestro paso. Andamos con esmero mientras me dejo seducir por los aromas y sonidos de la capital al despertar.

—He tenido una idea —dice cuando doblamos por la siguiente esquina. La pared que queda a mi derecha está llena de enormes ventanales.

—No pensé que iríamos al palacio de buena mañana.

—Así es, pero entraremos por la zona del servicio —concluye.

Apresurando nuestro paso, llegamos a una pequeña escalera donde una puerta de madera nos recibe. Por lo visto, la parte trasera del palacio no está rodeada de agua, así que podemos entrar sin ningún problema.

Una vez dentro, recorremos pasillos de amplios ventanales y suelos de madera, techos altos de los que cuelgan lámparas mágicas parecidas a las que vi ayer pero más pequeñas. Todo lleno de doncellas y lacayos que pasan por nuestro lado saludándonos con un mero movimiento de cabeza. Hasta que por fin llegamos a una sala de la que una sirvienta saca una percha con un vestido rojo y dorado.

—Bore da, teniente —saluda haciendo como puede el gesto militar.

—Bore da, Sunset —se lo devuelve—. ¿Mucho ajetreo hoy por aquí?

—Demasiado. Le veo más tarde, teniente Alaric.

—Un placer.

Sin intercambiar ni una palabra más, la doncella sale escopeteada por el pasillo que queda a su izquierda y se pierde entre la gente.

—Es la doncella principal de su majestad la reina Elysandra. Un ejemplo de perseverancia y educación —apunta Valerian.

—Parece maja —respondo subiendo y bajando los hombros como si algo de esto importase.

—Lo es. Adelante. —Me abre la puerta.

Al cruzar el umbral, me quedo con la boca abierta al ver la enorme sala que se abre ante mí. Un espacio lleno de rollos de tela, mesas donde mujeres y hombres están cortando patrones, vestidos por todos lados... Los altos techos combinan con las imponentes ventanas del fondo, por donde se ve el amanecer entre las casas de la ciudadela.

—Esto es impresionante —exclamo embelesada.

—Aquí se viste toda la realeza y parte de los ciudadanos de Aidara.

—No me extraña para nada.

Valerian se abre paso entre los rollos y empleados mientras yo no pierdo detalle de nada. En alguno de los laterales, puedo ver cómo pequeñas salas se abren para dar cabida a rucos, armarios o vestidores. Gente de la alta y baja alcurnia se entremezcla en una hermosa danza de vestidos.

—¡Hombre, Valerian! —escucho una voz afable que le habla sin ningún tapujo ni formalismo.

—Ruécano, a mis brazos.

Los dos hombres se abrazan propinándose unas palmadas en la espalda. La familiaridad con la se que saludan hace que vea al fae un poco más humano de lo que se ha mostrado desde que le

conozco.

—Veo que vienes bien acompañado, muchacho.

—¡Oh, por supuesto! Necesitamos tu ayuda.

Cuando Valerian sale de en medio, veo a un fae de mi misma altura con el pelo canoso, bigote bien cuidado y anteojos dorados enmarcados por unas enormes e imponentes alas blancas. Ataviado con una bata blanca y una cinta métrica alrededor del cuello, una sonrisa de oreja a oreja se le dibuja al verme.

—Un placer, señor —hago una reverencia por cortesía.

—Nada, nada, muchacha. Las amigas de Valerian son mis amigas.

No sé por qué ese comentario me punza directo en el corazón ¿Amigas de Valerian? ¿Esto son celos? Sacudo la idea de mi cabeza de un plumazo antes de que vaya a peor. Total, ¿a mí qué me importan las “amigas” de mi guardia?

Sin darme tiempo a erguirme de nuevo, tengo a Ruécana abrazándome igual que ha hecho con el teniente. Agradecida porque los abrazos no estén reñidos, decido transmitirle todo mi buen afán por encajar en este lugar.

—Vosotros diréis —comenta al soltarme.

—Esta joven se ha dejado todo su vestuario en casa y solo tenemos lo que lleva puesto.

—Eso no es verdad —interrumpo a Valerian—. He traído ropa cómoda para tejer.

—¡Anda ya! —exclama el sastre— ¿No serás la famosa tejedora de la que toda la capital habla?

—Has dado en el blanco —responde el fae por mí.

—En ese caso, no tenemos tiempo que perder.

El fae sale volando por encima de las mesas.

—Ven, que te llevo —la voz amigable de Valerian y su brazo tendido me dan una cálida recibida y salgo volando por los aires.

—Así que Valerian, ¿eh? Ni teniente ni nada por el estilo —me mofo.

—Mira que te suelto, Elaena.

Nos reímos desde las alturas y seguimos a Ruécana hasta llegar a una de esas salas que he visto antes.

—Empezaremos por algo para la recepción de esta mañana —puntualiza rebuscando en un par de barras llenas de trajes—. Este nos valdrá.

Luego revolotea hasta unos enormes estantes llenos de todo tipo de calzado. Sube y baja un par de veces hasta encontrar unos zapatos naranjas.

—No, no —niego aferrándome al abrazo de Valerian—. Odio ese color.

El sastre los deja y toma unos de color turquesa brillante. Lo seguimos por todo el taller mientras él se encarga de escoger todo tipo de abalorios y complementos hasta que nos deja en una pequeña sala con la premisa de que me lo pruebe todo mientras él sigue buscándome cosas para los próximos días.

Agradecida, le comento que no necesito nada más, pero él insiste y se esfuma.

—La moda es su pasión, así que no podrás hacerle cambiar de parecer, tejedora —suelta Valerian mientras cierra las cortinas para que pueda proceder a cambiarme.

—Pero no tengo con qué pagarle —protesto mientras me fijo en la calidad de las telas y los acabados—. Esto es demasiado para mí.

—¿Va a dejar de quejarte y vestirme? Tenemos poco tiempo.

Me burlo de él imitando su voz y recibiendo a cambio un golpe contra la cortina que nos

separa. Divertida por cómo empieza todo esto de la realeza, me deshago de mis ropajes y me enfundo lo que me ha traído.

Rehusó mirarme en el espejo hasta que no he terminado de ponerme los zapatos de tacón que por casualidad no me rozan por ningún lado.

—Necesito tu ayuda, teniente —grito al ver que no puedo con los broches de la espalda.

Por el reflejo del espejo que tengo frente a mí, veo cómo Valerian se hace un hueco entre las cortinas y se queda parado al ver mi nuevo atuendo. Solo en ese momento me permito ver mi propia imagen.

Atrás ha quedado la sencillez para dar paso a un impresionante vestido negro con escote, ceñido por un corsé que me realza los pechos y que luego cae con una falda de color turquesa que parecen alas de mariposa con detalles negros y plateados.

—Es demasiado para alguien como yo —murmuro frente a mi reflejo.

—Yo creo que es perfecto —sentencia el teniente.

Por unos instantes nos quedamos así, hasta que él mismo empieza a tensar las cuerdas del corsé ayudando a que todo el vestido termine de resaltar las virtudes que hasta ahora no me había percatado que tenía.

—Valerian, por favor. ¿Cómo voy a pagar todo esto? —pregunto levantando la falda del vestido y viendo cómo los zapatos se enredan en mi pierna con sus cintas.

—Tómalo como un regalo de bienvenida.

Un tirón fuerte da por zanjado el tema, de momento.

La profecía que hace saltar el wyrd

Corremos por los pasillos del servicio en busca de las puertas que nos lleven al gran vestíbulo, donde hemos quedado con el capitán. Con la velocidad que llevamos, apenas soy capaz de ver por dónde vamos hasta que Valerian mira por una de las ventanas y suelta un improperio acompañado de un “llegamos tarde”. Sin dejar que me componga del esfuerzo, me toma de nuevo en brazos y salimos volando por los pasillos palaciegos.

Los sirvientes andan ajetreados bajo nosotros de un lado a otro llevando todo tipo de enseres a sus destinos. Aunque intento fijarme en cada uno de los lugares por los que pasamos, me es imposible memorizarlos dada la velocidad y lo intrincado que es este lugar.

—Prepárate, que nos va a caer una buena —me indica Valerian señalando una sombra al otro lado de una ventana que da hacia los jardines.

Trago con esfuerzo antes de que el fae aletee con fuerza para llegar lo antes posible a la puerta del final del pasillo, donde volvemos a pisar el suelo.

—Ahora —me advierte colocándose bien la chaqueta de cuero—, pase lo que pase, intenta mantener las formas.

—Pero yo...

—¡Elaena! —enarca la ceja para advertirme de que, si lo hago, todas las atrocidades de este mundo recaerán sobre mí.

—Está bieeeeeen.

Pongo los ojos en blanco antes de atusarme el vestido. Los guardias que custodian la enorme puerta que tengo frente a mí proceden a abrirla. Detrás, descubro la misma sala donde estuvimos ayer, pero en esta ocasión la luz del día inunda toda la estancia llenándola de vida.

—Llegan tarde —la voz del capitán Morgar retumba por el lugar.

—Ha sido... —empieza Valerian a disculparse mientras nos acercamos a la figura que aguarda junto a las escaleras que quedan a nuestra izquierda.

—Me importan tres thetalianos de quién haya sido la culpa, teniente Alaric. La impuntualidad es inadmisible.

Cerca estoy de protestar, pero me acuerdo del “pacto” que he hecho con mi guardia, por lo que los dos asentimos y bajamos la cabeza. Más que por vergüenza que porque no se rife otra tanda de tortazos. Al menos en mi caso. Desde mi posición, veo a tres tenientes más vestidos con los trajes militares cubriendo las espaldas del capitán.

—Ahora que estamos todos —exclama el de mayor rango—, no hagamos de rogar más a sus majestades.

Sin prestar mucha atención, me fijo en que Valerian no lleva puesto el traje de teniente. Va con las mismas mallas de ayer, una camisa blanca y una chaqueta negra. “Qué extraño”, pienso.

El capitán Morgar, al ver que no tengo intención de abrir la boca y marcando sus palabras con un pisotón contra el suelo, se da media vuelta y empieza a subir por las escaleras.

—¿Por qué no llevas el traje oficial? —le pregunto a Valerian en un susurro mientras seguimos al hombre.

—Porque yo no soy de formalismos.

—¡Ya te echaba de menos, Alaric! —exclama la teniente alzando el brazo en nuestra dirección.

—Gwen —la saluda chocando los puños—. Ha sido una noche larga.

—Ayer te estuvimos esperando —suelta el segundo, de melena rubia como el sol.

—Eso no es verdad, Rhys —dice Seraphina, la mujer que vimos ayer y que va a ser una de las tenientes del torneo—. Hola de nuevo, Elaena.

La saludo haciendo el gesto que ella misma me enseñó ayer.

—Esta chica me gusta —puntualiza el teniente—. Rhys. A sus pies, bella dama.

—No tan rápido, que es mi protegida. —Valerian me coge por la cintura y me separa del impetuoso de su amigo que iba a cogerme la mano para plantarle un beso—. A este no le hagas ni caso.

—Eso es trampa —se ríe Gwen mientras atravesamos el gran vestíbulo.

Los demás participantes nos siguen unos pasos por detrás en un completo silencio. Mientras los cuatro guardias reales siguen con sus bromas, siento cómo el *wyrd* se mece en una calma apaciguadora.

—¡Dejad la chanza! —grita el capitán Morgar después de subir la gran escalinata del vestíbulo.

Todos guardamos silencio cuando pisamos el último peldaño.

—Aguardad aquí hasta que les sea anunciado su nombre. Recuerden hacer la reverencia ante sus majestades. —Ordena el capitán ante de clavar su mirada en la mía—. Más vale que mantenga esa lengua viperina a buen recaudo, tejedora.

El silencio se forma al llegar frente a la única puerta que hay en este ala.

—¿El primer día y ya le ha cabreado? —pregunta Rhys.

—Hasta me dio una bofetada —repongo yo.

—Quiero casarme contigo —resuelve llevándose una mano al pecho.

Las dos tenientes se carcajean sin hacer ruido al ver la mirada de “te voy a arrancar las alas como sigas así” que le dedica Valerian. Yo hago lo mismo, salvo que no puedo evitar que la risa resuene por todo el vestíbulo.

—¡SEÑORITA! —grita el capitán al mismo tiempo que me llevo las manos a la boca.

El hombre se tensa más si cabe, abre las puertas que dan al salón del trono y desaparece tras ellas. El eco de su voz en esa sala se expande por todo el vestíbulo. Los presentes nos miramos los unos a los otros.

Meow, escucho el maullido de Sombras justo debajo de mis faldas, provocando que nos separemos un poco.

—Pero ¿qué haces tú aquí? —le pregunto mientras lo cojo en brazos.

—No me diga que se ha traído a su mascota —pregunta Gwen dejando el corrillo y acercándose para acariciarlo.

—Sí, teniente, sí —protesta Valerian con un resoplido.

—Con lo que a ti te... —Rhys deja de hablar cuando mi guardia le propina un codazo totalmente indiscreto—. ¡Joder!

Soplo una sonrisa tímida al ver el buen humor que tienen entre ellos. Son como una pequeña familia. Mi querido compañero ronronea al sentir los dedos de la teniente enredarse entre su

pelaje.

—¿Qué ha sido eso?! —la voz del capitán regresa junto con su presencia.

Me apresuro a poner el gato tras la espalda y me doy la vuelta para afrentar a Morgar cara a cara y negar con la cabeza que no he sido yo.

—Grrrr —gruñe mirándonos a todos con cara de pocos amigos.

Un silencio incómodo se apodera del vestíbulo. Los tenientes se tensan al ver cómo el capitán nos mira a todos los participantes con cara de mala leche. El *wyrd* se agita en mi interior, nervioso, junto con unas ganas de zurrarle una buena por ser tan arrogante y devolverle el gesto. Pero como decía mi bisabuela: “todo llega a su debido tiempo, el *wyrd* te lo mostrará, mi niña”.

—¿No deberíamos entrar? —pregunta Rhys destensando el momento.

Por mi parte, libero el aire que no sabía que había retenido en los pulmones justo a tiempo de que el capitán se retire.

—Por los pelos —suspira Rhys.

—Ese gato será nuestra ruina —protesta Valerian negando con la cabeza.

—Dejadle —aporta Gwen—. El teniente Alaric es un poco... tiquismiquis.

—Gruñón, querrás decir —apostilla Rhys soltando una risotada.

—Deberíamos seguir al capitán —zanja el tema Valerian propinando una colleja a cada uno para que se callen de una vez.

Todos asentimos e intentamos recuperar la compostura. Por mi parte, saco a Sombras de su cobijo y le miro a los ojos.

—Ve a dar una vuelta, corazón.

De un salto regresa al suelo, pero en lugar de salir escaleras abajo, se coloca bajo mis faldas zigzagueando entre mis piernas en plan protector. Subo y bajo los hombros en señal de qué le voy a hacer.

El grupo se ha posicionado ante la puerta con los participantes frente a cada uno de los tenientes, salvo Valerian, que me espera negando con la cabeza.

—Nos va a dar problemas —refunfuña cuando llego frente a él y me pongo como los demás.

Echando la cabeza hacia atrás le murmuro.

—Creí que la que te iba a meter en problemas era una servidora, mi teniente.

Escucho cómo resopla mientras sus amigos se mofan de él justo antes de que las grandes puertas se abran y la magnificencia del salón del trono se abra frente a nosotros.

La profecía me hace despertar

Con el poco tiempo que llevo en este palacio, ya me he dado cuenta que para ellos la luz del sol es demasiado importante, y en la sala del trono no podía ser menos. Frente a nosotros, mientras nos dirige el capitán, se abre una gran sala de altas columnas negras y doradas y ventanales que rozan el techo. Todo el mobiliario es dorado evocando los rayos del Astro Rey.

El suelo cubierto por una larga alfombra roja y dorada nos dirige hacia los dos tronos que hay al final, donde nos aguardan sus majestades sentadas. La belleza del lugar va acorde con la de Elysandra y Loaric, los cuales también van vestidos con los mismos colores que los estandartes y la alfombra.

Los cuatro caminamos firmes hasta llegar frente a sus majestades, donde nos paramos y agachamos la cabeza en una delicada reverencia. Por mi parte, siento como el *wyrd* me caldea por dentro en una sensación cálida y confortable.

—Por favor —habla alto y claro la reina—, sé bienaventurada en nuestra capital, Elaena.

Sus palabras son la clave para que levantemos el rostro y los mire a los ojos. Sin lugar a dudas, la belleza es igual de asombrosa de lo que recordaba.

—Es un honor estar...

—¡Shhhh! Por las Cerrigs —me hace callar el insoportable del capitán Morgar.

Resoplo con profundidad al mismo instante en el que pongo los ojos en blanco.

—Disculpe —interrumpo su soliloquio de reproches—, si su majestad me ha hecho venir hasta aquí, como mínimo tengo derecho a agradecérselo. —Me giro hacia los tres tenientes que tengo a mis espaldas, que se miran asombrados ante mi atrevimiento—. Así que es un honor estar aquí hoy, reina Elysandra. —Hago una reverencia a ella para luego dirigirme a su esposo—. Rey Leoric I.

—Ya era hora de que alguien le metiera en vereda, capitán —se mofa su majestad el rey—. Me cae bien, señorita.

Inclino la cabeza en agradecimiento antes de mirar a Morgar y guiñarle un ojo con picardía. Ese hombre me irrita, pero sacarle de sus casillas se ha vuelto mi pasatiempo favorito, más que sacar a Valerian de las suyas.

La reina por su parte resopla al ver la chanza de su marido. Aprovechando el momento, se pone en pie para tomar la palabra.

—La hemos llamado a palacio, señorita Elaena, para tratar un tema de suma delicadeza para con el reino. —Mi atención vuelve a centrarse en ella y en sus palabras—. ¿Conoce usted a Eamon?

En un grácil movimiento de mano señala a un hombre de avanzada edad cubierto por una capucha del color del carbón que apenas deja ver sus ojos.

—Me temo que no —confieso entrecerrando los párpados para escudriñar al mencionado.

—Él es nuestro oráculo, un dewin de la alta Orden de Huddlech.

—Un placer —hago una reverencia.

—A nuestro regreso del solsticio de invierno de su maravillosa aldea, el oráculo Eamon nos abrió las puertas con una nueva revelación. —De entre los pliegues de su vestido saca una nota y me la tiende—. Léala usted misma.

Me acerco con rapidez. En cuanto mis dedos rozan el papel, el *wyrd* se agita nervioso. Mi mente duda entre si son buenas o malas noticias, pero a juzgar por la premura de los acontecimientos y por cómo la magia se mueve en mi interior, me inclino por la segunda opción.

En un ágil movimiento de dedos desdoble el escrito y me dispongo a leerlo.

*Cuando la magia insondable
de dos almas gemelas
roce las puertas de palacio
y el invierno llegue a su cénit,
el legítimo heredero reclamará Aidagalla
para teñirla de púrpura y muerte.*

Un temblor extraño se apodera de mí. ¿Una profecía? ¿Eso es lo que tengo entre manos? Releo el texto diez veces como mínimo, pero nada de ello tiene sentido, al menos no para mí. El *wyrd* tintinea en la yema de mis dedos preparado para hacer otro acto de presencia como el de ayer. Siento como si las palabras se me quedasen grabadas a fuego en la piel.

Cuando puedo, despego los ojos del papel y levanto la mirada para observar a mi alrededor. Todos están quietos, con su atención puesta sobre mí.

—¿Por qué me han hecho llamar? —pregunto sin entender nada.

La reina da un paso al frente, bajando los dos escalones de la plataforma donde está situado el trono. Con una mano temblorosa sujeta la mía provocando que busque su mirada.

—Como ya he dicho —se aclara la voz antes de proseguir—, Eamon nos entregó la profecía justo a nuestro regreso después de lo sucedido con el ovillo. Pero lo más intrigante es que esa misma noche, mientras usted y sus Tejedoras trabajabais por vez primera con la madeja, hubo otro grave incidente en nuestras tierras.

El rey Leoric I sigue los pasos de su mujer antes de tomar la palabra.

—El Zafiro real desapareció en el mismo instante.

Esa revelación me cae como un jarro de agua fría. El Zafiro real es una de las reliquias ancestrales de nuestro reino. Se trata de una gema que fue creada cuando las Cerrigs, nuestras deidades, recibieron el don del equilibrio entre razas. Una muestra de honor para nuestro reino que consiguió la paz entre humanos, faes, dewins, vampiros, thetalianos... Y todo gracias a la gran tregua que firmaron Ingrid, la tía abuela de nuestra reina; Alanis, reina de los thetalianos; y Ail-Wyner, emperatriz de los dracianther.

El Zafiro no es una gema normal, está cargada de *wyrd*, es el encargado de proveer el poder a todas las aldeas, pueblos y ciudades de toda la región de Aberdovia. Si este es usurpado y nuestras Cerrigs no son alimentadas con su poder, nuestro *wyrd* se debilitará y con ello volverá el malestar para con la monarquía y entre todos nosotros. Y ya no imaginemos si este cayera en manos de los thetalianos. Sería nuestro fin.

—¿Cuál es mi papel en este asunto? —Miro a los tenientes antes de formular la siguiente pregunta—. ¿No debería llevar este tema la guardia real?

—¿No quería usted todo el protagonismo, tejedora? Apechugue —la voz irritante del capitán

me toca la moral.

“Juro que un día de estos le clavo la aguja de tejer por un sitio que yo me sé”.

—Si la hemos traído hasta aquí —prosigue el rey—, es porque lo que hizo con el ovillo fue pura energía.

—Tiene un don, Elaena —apoya Elysandra.

—Pero yo no tengo ni idea de qué significa la profecía, y mucho menos qué debo hacer.

Una presión se me instala en el pecho haciendo que el *wyrd* se agite y chisporrotee en mis dedos. Estoy perdida. En toda mi vida la única responsabilidad que he tenido es a Sombras, las plantas y una tienda de lanas. No estoy preparada para esto. Este no es mi trabajo.

Mi mente da vueltas a este enorme rompecabezas cuando siento una mano que me aprieta el hombro.

—Por eso me tienes a mí —la voz de Valerian me coge por sorpresa.

“¿Él? ¿Ayudarme? Debo de estar soñando”, pienso hecha un amasijo de nervios.

—Y a nosotros dos, también —la voz de Gwen uniéndose a donde sea que me han metido me reconforta de una manera extraña.

—La necesitamos —la voz de la reina denota un timbre de preocupación que me hiela la sangre—. Aidagalla la necesita.

—Aberdovia y todos los que forman parte de nuestras tierras —termina Loaric con voz contundente.

—Es mucha responsabilidad para que recaiga sobre mí —niego con la cabeza.

—Tendrá el apoyo de todo el reino —toma la palabra Elysandra—. Sea lo que sea que necesite, solo tendrá que pedirlo. Más Tejedoras, el oráculo, guardias...

En ese momento me doy cuenta de algo. Si debo hacer esto, no puedo hacerlo sola.

—Está bien —asumo—. Pero con una norma.

Capullos al cuadrado

—Regla trigésimo sexta, queda totalmente prohibido husmear entre las zonas restringidas por y para sus majestades. Regla trigésimo séptima...

Casi es mediodía y el capitán sigue con la larga lista de reglas que debemos cumplir para trabajar en el palacio. De reojo veo cómo los tenientes se miran las uñas en señal de aburrimiento mientras que Elowen bosteza con disimulo tras su mano. Un joven, que nos ha presentado como su ayudante, se frota la cabeza apesadumbrado.

—Disculpe —interrumpo al capitán, aunque sé que eso me pueda costar otro bofetón—, creo que nos ha quedado más que claro que no podemos mover nuestro culo de donde usted nos vea. Y respirar lo justo y necesario. —Escucho a Rhys soltar un silbido—. Pero, con su debido respeto, me gustaría empezar cuanto antes en la búsqueda del Zafiro.

Hago una pausa al ver cómo su espalda se tensa al pararse en el medio de una vuelta de las que estaba haciendo.

—¡Cómo osa tener la desfachatez de...!

—Mis disculpas, capitán —interrumpe Gwen—, pero debo recordar que su majestad la reina Elysandra ha demostrado tener prisa en localizar esa joya.

—Nosotros —la apoya Valerian—, que conocemos de sobra las normas de palacio, cuidaremos de ella para que no cometa ninguna osadía.

En esa última palabra siento una punzada en el *wyrd* como si fuese dedicado a mí.

—Así será —respondo con una sonrisa amplia de alivio—. Sabremos seguir sus normas al pie de la letra.

El capitán, al escuchar que todos estamos a favor de colaborar y por lo tanto en contra de él, se gira de golpe y me dedica una mirada que, si pudiese matarme al instante, lo haría sin pestañear.

—Eso no será un gran problema porque —me señala con el dedo— la quiero fuera del palacio de inmediato.

Los presentes se quedan sorprendidos al escuchar sus palabras.

—¿Dis-disculpe? —baluceo pestañeando con fuerza.

—Su majestad no ha... —trata de defenderme Rhys.

—¡A callar! —vocifera Morgar acercándose hasta quedar a escasos centímetros de mí—. Este reino no precisa de tunantes como ustedes para una tarea tan importante. Esto debería ser un caso para la guardia real, no para una tejedorucha del tres al cuarto.

—¿Se cree que no lo sé?

—Cierra tu sucia boca —me espeta provocando que gotas de saliva me impacten contra el rostro—. Si es usted lista, va a presentar la renuncia ahora mismo y abandonar la misión a favor de los que sí están capacitados para estar al mando. Usted solo puede acarrear problemas.

—Esto no puede hacerlo, capitán —protesta Valerian.

—¡Insolente! Soy su superior y, por lo que a mi respecta, usted está bajo mi cargo. —Hace

una pausa que me hiela la sangre y provoca que el *wyrd* chisporrotee en mis dedos—. Está en mi poder hacer partir cualquier amenaza. Y ella lo es. Usted lo es.

Cierro los ojos al ver cómo el impacto va a ser inminente, y me preparo para ello. Pero el golpe nunca llega. Al abrir los ojos, veo a Valerian, Rhys y Gwen que se han puesto frente a mí e intentan parar al capitán. El *wyrd* se agita con ira en mi interior.

—¡Me voy! —confieso atesorando todo el valor que tengo en mi interior.

—Por fin una sensatez que sale de esa deslenguada boca. Vosotros tres, al terminar el día les quiero ver en el cuartel general.

El capitán da media vuelta con los puños apretados y da una patada a una de las ruedas que se interponen en su enfurruñado caminar.

—¿A qué ha venido eso? —se gira Valerian para enfrentarme cara a cara.

—¿Lo de interrumpirle o lo de que me voy? —pregunto agarrándome las faldas para dar media vuelta.

—¡A las dos! —grita haciendo que me detenga.

—Para empezar, sus normas son estúpidas y eternas. Todos los aquí presentes nos estábamos durmiendo, incluidas las mariposas. —Nos señalo—. Para terminar, que me vaya de aquí no implica que no cumpla con mi deber real. Como he dicho antes en la sala del trono, tengo un plan.

Esas últimas palabras lo dejan en estado de estupefacción, a él y al resto de tenientes.

—¿Cómo? —pregunta Gwen levantando una ceja.

—Ahora no puedo contaros nada. Debo irme antes de que ese ogro regrese y me arranque el pellejo con sus propias manos.

Tengo una idea, vamos si la tengo. El *wyrd* me lo grita con oleadas de fresca brisa que me recorren por dentro.

—¿Me sigue, teniente Valerian? —le pregunto con picardía.

—Hasta las lindes del mundo —responde Rhys en su nombre.

—Me lo ha dicho a mí —arremete el señalado dando un paso y tomando la mano que le he ofrecido—. Hablamos luego, compañeros.

—Vosotros también podéis seguirme —les indico a los otros dos tenientes—. Estamos juntos en esto, ¿no?

—Yo me quedo aquí a recoger todo lo que me ha pedido —responde Eamon adentrándose en el invernadero seguido de su ayudante.

—Nos reunimos pronto —asiento con la cabeza, conforme con lo que me dice.

Sin esperar más gritos por parte del capitán airoso y dejando atrás mi sueño de tejer entre los cristales del invernadero real, los tres guardias y yo cruzamos las puertas con mil preguntas en la cabeza y tramando un plan.

2 días después

Hilomar había cambiado.

Quizás solo sea la forma en el que lo veo ahora, o quizás sea yo la que ha venido distinta del viaje.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —pregunta Valerian bajando tras de mí las escaleras de mi casa.

—Sin ellas no lo vamos a lograr —afirmo con rotundidad.

Cuando pongo un pie en el último escalón, escucho que mi vecina abre las ventanas de su casa.

—Buenos días, Marisilla —la saludo—. ¿Pintando de nuevo?

—El óleo es terrible. Me deja la casa con ese olor que... bufff.

Esbozo una sonrisa frente a su reacción.

—¿Estas semanas sales de viaje? —indago directa al grano.

—Como mucho saldré el fin de semana con mi hermana. ¿Por qué? —se apoya con las manos en el alféizar de la ventana.

—Necesitaré que me riegues las plantas unos días.

Con una sonrisa pícara, termino la conversación cuando sigo mi camino.

A las puertas de la tienda, un buen grupo de mujeres me espera haciendo un corrillo.

—Por ahí viene —responde Caroline señalándome.

—Si es que es una tardona —escucho la voz de Evinha jactándose.

—Encima de que os llevo de aventura... —protesto haciéndome hueco hasta llegar a la puerta de la tienda.

En menos de lo que hago una pasada a punto liso, todas las mujeres que hay apostadas en mi jardín delantero toman posiciones alrededor de la mesa de proyectos.

A un lado tengo a mis queridas Tejedoras. Las hermanas Mont y Vevis están discutiendo sobre suposiciones de lo que voy a contarles; Caroline, Xandra y Nataly, hablando sobre los guardias reales; Mariân y Mariángelis, sobre si los proyectos tejeriles siempre incluyen excursiones; Marykey y Susy preparan una lista sobre los esenciales que necesitarán. Frente a mí, Gwen, Rhys y Valerian cuchichean sobre la cantidad de mujeres que hay en la sala. Y a mi otro lado están mis incondicionales dracathiers, Evinha, Jeshy y Noelis, que ya están buscando el salseo entre mi guardia real.

—¡Un poco de silencio! —grito poniendo orden y haciendo que todos los ojos se fijen en mí—. Si os he reunido a todos aquí es por un motivo. Tenemos una misión y sola no podré. ¿Os apuntáis?

Epílogo 2

La noche cae como una pluma temblorosa entre mis dedos. La tenue luz titilante de una vela es lo único que me delata frente a lo que estoy a punto de hacer. Después de lo sucedido, prometimos separarnos para cumplir nuestras misiones, pero ahora que todo se ha puesto en marcha, es necesario.

Sin pensarlo mucho más, empiezo a garabatear unas escuetas letras a mi hermana para ponerla en preaviso de lo que he visto. No me exployo mucho. Si alguien intercepta esta nota, no quiero que nos delaten. Así que con cuatro líneas la pongo al corriente.

Meto la nota en un sobre, cojo la barra de lacre para fundir la punta contra la llama de la vela. Cuando empieza a gotear, la retiro para frotarla contra la pestaña de papel, sellando el mensaje.

De un soplo apago la luz. Antes de salir a la calle, me cubro con una capa negra y me voy en busca de la oficina postal.

—Nos vemos pronto, hermana.

Continuará...

Anexo

Hilomar

"Lugar de los Hilos" debido a la reputación de la tejedora de hilos del destino que fundó el pueblo.

Anidado en un valle rodeado de montañas en el Reino de Aidagalla. Se encuentra a la orilla del río Oes, conecta con la capital del reino.

Historia:

Fundado hace siglos por Elara, la primera tejedora de hilos del destino. Se convirtió en un refugio para aquellos que buscan cambiar su destino.

La leyenda más famosa es sobre el Bosque de los Telares, un lugar donde los árboles son tejidos en hilos dorados por las Cerrig. Se cree que aquellos que entran pueden cambiar su

destino.



Aidara

Aidara se deriva de las palabras "Aida" (luz) y "Tara" (fortaleza), lo que se traduce como "Fortaleza de la Luz".

Aidara se encuentra en el centro de Aidagalla, rodeada de bosques exuberantes y montañas majestuosas. Cerca del río Oes

Historia:

Fundada hace siglos por el rey Aidar el Sabio, Aidara ha sido el corazón del reino desde entonces. Ha sido testigo de numerosos eventos históricos, desde guerras hasta alianzas internacionales.

Una de las leyendas más conocidas es la del "Árbol del Destino", que se dice que otorga visiones de futuros posibles a quienes se acercan a él.



Glosario

Todo el mundo del Astralbers tiene seres, objetos y palabras propias que quizás no conozcas



y quiero que las entiendas.

Dracianther: seres con conexión cultural y emocional entre humanos y dragones. Los dracianthers viven en la zona de Hudlech y son grandes guerreros y protectores.

Dewin: seres parecidos a los humanos pero que han sido tocados por el *wyrd* de las Cerrig. Los dewin tienen un don para poder revelar el destino. Dentro de esta especie hay distintos tipos: tejedores, pintores, mistrales, oráculos...



Tejedora de destinos: son artesanas de lo sobrenatural, expertas en el arte de manipular hilos mágicos que representan el tejido mismo del destino. Este don les permite tener visiones o revelaciones mientras tejen, tocan un ovillo o trenzan.



Wyrd: es la magia pura que irradian las Cerrig y que conecta con los dewin y las brujas. El Wyrd no tiene una forma física tangible que pueda ser vista con los ojos humanos. En su estado natural, es una energía invisible que fluye a través de todos los seres vivos y el mundo que los rodea. Sin embargo, los dewin y otros seres mágicos entrenados pueden percibirlo como un brillo sutil o un resplandor etéreo que rodea a las personas y las cosas



imbuidas de magia.

Fae: son seres mágicos dotados de gran inteligencia, agilidad y habilidades sobrenaturales. Están altamente especializados en diversas áreas y desempeñan roles vitales en la sociedad de Aberdovia. Como por ejemplo los fae Guardianes: responsables de la seguridad de los castillos y sus habitantes. Controlan barreras mágicas y defienden contra amenazas externas.

Agradecimientos:

En primer lugar, quiero dar las gracias a ti, abejita, por haber llegado hasta aquí, por formar parte de esta aventura.

Seguido de mi grupo de tejedoras de los viernes por la tarde, sabéis de sobra que este proyecto es "culpa" vuestra y me alegro muchísimo de haberos conocido: Natalia, Sandra, Carol, Veva, Montse, mamá, Susi y a las dos nuevas integraciones, Àngels y M^a Àngels.

A mi familia de Vigo, amigas y medio hermanas, Eva, Noe y Jess, sin vosotras, vuestro apoyo y vuestra sinceridad, no sería lo que soy ahora mismo.

A Marisa, vecina y como de la familia, sin ti, nuestros lunes y tu sonrisa cuando aguantas el chaparrón de mis novelas, no sería nadie.

A Tatjana, por las tardes y domingos de salseo, porque las dos somos cotillas de alto nivel y porque ya formas parte de esta gran aventura.

Por último, gracias a mis abejitas VIP por soportar los lunes de newsletter, mis aventuras en el mundo de la escritura y tener tanta paciencia.

Gracias a todos por ser parte de esta maravillosa travesía literaria. ¡Os quiero!

¡GRACIAS!

Entre lanas y espadas

1

El nuevo guardaespaldas

2

Llegando tarde

3

Cientas y una visita extraña

4

Sin cena esta noche

5

Noticias reales

6

Las maletas de Sombras

7

De galeras al río

8

Atardeceres que despiertan

9

Asalto inesperado, rescate incontrolado

10

La magia de Elaena

11

La ciudad sin honor ni chismes

12

Broncas a medianoche

13

Dormirás en el suelo

14

Eso no me lo pongo

15

La profecía que hace saltar el wyrd

16

La profecía me hace despertar

17

Capullos al cuadrado

18

2 días después

Epílogo 2

Anexo

Agradecimientos:

[1] *Thetisiano: hace referencia a los dewin o magos oscuros.*

[2] Las Cerrig son las deidades de los dewin. Son dos piedras: Cerridraeth (representa la magia y la vida) y Cerrimor (la no magia y la muerte).

[3] Gemau: piedras preciosas de alta vibración que ayudan a los dewin a proyectar o precisar sus proyectos.

[4] **Mantén las habitaciones de mi hogar limpias y seguras.**

[5] **Necesito ayuda. ¡Mira aquí!**

[6] Nos da! = ¡Buenas noches!

[7] Bore da: buenos días.